

Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

El mandarin de las mil Chinas

En el diccionario hay varias acepciones para la palabra mandarín, pero la que más encaja en esta aventura es la que dice: «Persona que ejerce un cargo subalterno y es tenida en poco». Y verdaderamente, un mandarín es bien poca cosa, sobre todo si lo comparamos con un Emperador. Tal vez por eso cuesta entender que haya un solo mandarín para mil Chinas, cada una de las cuales tiene su propio Emperador. Hay que imaginárselo: China, como todos sabemos, es un país enorme… ¿y ahora resulta que hay MIL Chinas? ¿Y un solo mandarín para esas mil Chinas con otros tantos Emperadores?



Lou Carrigan

El mandarín de las mil Chinas

Brigitte en acción - 473

ePub r1.0

Titivillus 16-01-2018

Lou Carrigan, 1990
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



La muerte implacable

Se llamaba Heinrich Thomas, era alemán, y tan cierto como estos datos sobre su persona era que en aquellos momentos no parecía precisamente el mejor amigo de la Humanidad.

O quizá no estaba enfadado con toda la Humanidad, pues esto era mucho estar enfadado. Quizá sólo estaba enfadado con algún representante de la Humanidad…, con alguien que, posiblemente, llegaba en aquellos momentos a Nueva York a bordo del transatlántico *Ulysses*, que había atracado hacía algunos minutos. Aunque también, recurriendo a la imaginación retórica, se podía pensar que Heinrich Thomas estaba enfadado con el transatlántico…

De tedas las teorías, la más admisible era la que explicaba que Thomas estaba enfadado con alguien que llegaba en el *Ulysses*, porque mirar con odio un barco no tiene sentido, a menos que transporte un ser odiado. Eso debía de ser, sí: alguien a quien Thomas odiaba estaba a punto de desembarcar en Nueva York, varios días después de habar embarcado en un puerto británico que…

Heinrich Thomas no tuvo ni tan siquiera un asomo de presentimiento respecto a su destino. Se dice que los espías tienen un sexto sentido que les advierte de los peligros, pero, evidentemente, este no era el caso de Thomas, que recibió la primera cuchillada en los riñones sin haber tenido la menor sospecha, el menor aviso, la más mínima desconfianza.

Sintió, eso sí, el tremendo y frío impacto del acero penetrando en su carne. Sólo el impacto y el frío, pero de momento ningún dolor. Bueno, quizás un poco, pero más que dolor era… sorpresa carnal. Sí, su carne fue pillada por sorpresa en la agresión, y eso duele siempre un poco.

La segunda cuchillada, también le acertó en los riñones,

partiéndoselos de nuevo. Dentro del cuerpo de Heinrich Thomas se había producido ya una catarata de sangre que circulaba interiormente, fuera de sus cauces. El dolor llegó de súbito, como un relámpago, al cerebro de Thomas, al centro coordinador de todos sus movimientos, sus pensamientos, sus sensaciones, su vida. El cerebro asimiló, clasificó y anotó las cuchilladas recibidas por los riñones, y el dolor explotó entonces en todo el cuerpo de Heinrich Thomas.

Justo entonces, le alcanzó la tercera cuchillada, casi en el mismo sitio, aumentando el terrible estropicio en la anatomía interior de Thomas, es decir, en su organismo. Sintió un frío horrendo, un zumbido que pareció como una gigantesca guadaña seccionando su cabeza en dos mitades verticales. Cayó de rodillas, oyó que alguien gritaba, y acto seguido cayó de bruces. Tuvo el pensamiento desagradable de que se había partido los labios contra el suelo.

Acto seguido, murió.

* * *

Ho Ming se dejó ver cuando apareció el oscuro coche cuya matrícula conocía. El coche se detuvo, y Ho Ming subió a él, sentándose junto al conductor, otro chino, que le miró amistosamente. Ho Ming cerró la portezuela, y el coche reanudó la marcha.

Desde el asiento de atrás llegó la voz, preguntando:

—¿Está muerto el alemán, Ho Ming?

Éste se volvió. En el asiento de atrás viajaban otros dos chinos, pero Ho Ming sólo prestó atención a uno de ellos, y no sólo porque era el más interesante, sino por respeto y admiración. El otro chino, un ejemplar alto, recio, sólidamente musculoso, era como si no existiese para Ho Ming, que sonrió servilmente y dijo:

—Está muerto, Mandarín.

—¿Seguro?

—Absolutamente. No es la primera vez que mato de ese modo, y sé que nadie sobrevive a mi ataque. Además, le vi caer, partirse la nariz y la boca, y quedar con los ojos abiertos. En sus ojos sólo podía verse la Muerte.

—Perfecto. ¿Te vio alguien?

—Lamentablemente, era inevitable. Había bastante gente en el muelle. Pero eso no importa, pues nadie recuerda a un chino de modo especial. No al menos a un chino como yo, Mandarín. Quizá te recordarían a ti, o a Kui.

Ho Ming miró un instante al impenetrable y musculoso chino sentado junto a Mandarín.

—Pero no a un chino como yo.

—Lo cual prueba una vez más la estupidez y la torpeza de los blancos —sonrió Mandarín.

—Sí —sonrió Ho Ming, consiguiendo contener su estremecimiento al ver la diamantífera sonrisa de Mandarín—… Aunque ya no tendrían que esforzarse más: hace mucho tiempo que los tenemos bien catalogados.

—En efecto. Has hecho un buen trabajo, Ho Ming.

—Gracias —sonrió de nuevo Ho Ming.

El otro, el llamado Mandarín, también sonrió de nuevo, mostrando otra vez su diamantífera e insólita sonrisa: los dos dientes centrales de la mandíbula superior eran sendos diamantes incrustados en la encía. Dos hermosos diamantes de fabuloso valor, tallados en forma de dientes y colocados en la encía, en la mandíbula, sin duda por un experto odontólogo a quien debían de encantar los trabajos de artesanía…

El coche circulaba adentrándose ya en Brooklyn recorriendo la autopista que unía Nueva York con el Kennedy Airport. Ho Ming comprendió que la conversación no iba a dar más de sí, por el momento, y se acomodó en el asiento, mirando hacia delante, hacia el frente de la marcha.

Mal hecho.

Por detrás de él, el musculoso e impenetrable Kui sacó de un bolsillo interior de su bien cortada chaqueta un cordón de seda, cuyos extremos rematados con un artístico nudo enrolló con sus manos. Luego, se inclinó hacia delante, pasó el cordón por la garganta de Ho Ming con un gesto rápido y experto, y tiró hacia atrás.

Ho Ming respingó, y su instinto hizo que sus manos se dirigieran hacia el cuello, allá donde la serpiente de seda le estaba estrangulando rapidísimamente, expertamente. Enseguida, Ho Ming comprendió que sus dedos no podrían jamás arrancar de su

garganta aquella víbora mortal, y, ya con las primeras sombras negras de la muerte en su mente, comprendió que iba a morir, y que lo que él estaba haciendo, esto es, arañar su cuello en vano intento de retirar de allí la víbora, no servía de nada.

Y recordó que tenía un cuchillo. Es decir, una grande, sólida y afilada navaja con la que, apenas una hora antes, había matado a un alemán llamado Heinrich Thomas. Con este dato facilitado por su agonizante memoria, Ho Ming dejó de arañar su cuello, metió la mano derecha en el bolsillo interior izquierdo de su chaqueta, sacó la navaja, y apretó el resorte, haciendo salir la rutilante hoja de acero.

No titubeó ni un segundo: lanzó un fortísimo navajazo hacia su garganta, de modo que la hoja de acero se clavó en un lado de ésta, cerca del cordón de seda, que no consiguió cortar. Retiró la navaja, y con sus últimos restos de consciencia, calculó dónde tenía Kui la mano izquierda, y hacia allá lanzó el siguiente navajazo. La hoja se hundió en la mano de Kui, que lanzó una maldición y se inclinó hacia delante bruscamente, sin dejar de atraer el cordón hacia sí pero empujando con su pecho la cabeza de Ho Ming hacia delante, partiéndole el cuello.

Ho Ming cayó de pronto y para siempre en el negro pozo del que jamás se regresa.

Capítulo primero

—O sea —refunfuñó Minello—, que no sabes cuándo regresarás.

—No, no lo sé, Frankie.

—Te pasas más tiempo allí que aquí —insistió en sus gruñidos y refunfuños Minello—… Casi daría lo mismo que te quedases ya para siempre en Villa Tartaruga.

—Eso que dices no es cierto —frunció el ceño Brigitte Montfort, la periodista más famosa del mundo y la espía más secreta—. Precisamente, es todo lo contrario: hace tiempo que no voy a pasar unos días con Número Uno en Malta.

—Pero él viene aquí con frecuencia, ¿no?

—Eso sí —sonrió Brigitte—. Ya conoces el refrán: «si la montaña no viene a Mahoma, Mahoma irá a la montaña».

—O sea, que tú eres la montaña y él es Mahoma. Y como tú no vas a Villa Tartaruga, él viene a Nueva York. Sólo que esta vez es al revés: eres tú quien va a la madriguera de ese espía de pacotilla.

Brigitte quedó absolutamente pasmada.

—¿Has llamado «espía de pacotilla» a Número Uno? —expresó su incredulidad.

—En efecto. Y lo he hecho porque lo es. Es un maldito espía de pacotilla que no sirve para nada. ¿Quieres que te explique por qué?

Brigitte Baby Montfort entornó los párpados, y sus grandiosos y bellísimos ojos azules escrutaron la expresión de su más querido amigo. De repente, la espía soltó una carcajada.

—No, no quiero que lo expliques —dijo sin dejar de reír—, porque no hay nada que explicar. Simplemente, pretendes retenerme aquí con tu palabrería, y conseguir así que pierda mi avión hacia París. Pero nada de eso, querido: me voy, eso es todo. Lo único que puedo decirte es que si no puedes pasar sin mí te vengas tú también a Villa Tartaruga.

—¡Pues sí que sería un plan bonito, estar allí de mirón de dos

tortolitos…! Aunque bien pensado quizá sería inteligente por mi parte acompañarte e instalarme en Villa Tartaruga: ¡así os haría la puñeta a los dos…!

Brigitte volvió a reír, se dispuso a señalar sus maletas a Peggy, su ama de llaves, para que las llevara hasta el ascensor…, y justo en ese momento sonó el timbre-carillón de la puerta del apartamento. Brigitte titubeó, miró a Peggy, y dijo:

—Ve a ver quién es, pero no te entretengas.

Peggy abandonó el salón. Minello miraba con el ceño fruncido el reducido equipaje de Brigitte, la cual le miraba a él, sonriente. De repente él también la miró a ella.

—Mira si soy tonto —gruñó— que en vez de mirarte a ti estoy perdiendo el tiempo mirando unas maletas.

—Todo es digno de ser mirado, Frankie.

—Tal vez, pero mirar unas maletas pudiendo mirarte a ti es de tonto y retonto.

—Es tío Charlie —dijo Brigitte.

—¿Qué?

—Que quien acaba de llamar es tío Charlie.

Minello parpadeó, aguzó el oído, y acto seguido frunció el ceño. En ocasiones pensaba que Brigitte, más que tener un oído superfino, adivinaba la presencia de las personas, los sonidos, las voces. Y ciertamente, no se sorprendió lo más mínimo cuando a los pocos segundos Peggy reapareció acompañando a «tío Charlie»… Es decir, Charles Alan Pitzer, el jefe del Sector New York de la CIA, jefe directo de la agente «Baby»…

—Hola, ¿qué tal? —Llegó saludando amablemente; vio las maletas y alzó las cejas—. ¿Se va usted de viaje Brigitte?

—Pensaba hacerlo —murmuró la espía—… ¿Puedo?

—Si ese es su gusto…

—¿Y por qué no me pregunta usted cuál es mi gusto? —masculló Frank, mirando torvamente a Pitzer.

—Porque no me interesa.

—Pues se lo diré de todos modos: me gustaría que usted se jubilase de una maldita vez, porque entonces Brigitte dejaría también el espionaje, lo que significaría que ya nunca más arriesgaría su vida en beneficio de una humanidad cada vez más podrida y desagradecida.

—¿Me permiten unas palabras? —Alzó Brigitte un dedo—. Si lo que desean es enzarzarse en una de sus discusiones, me parece muy bien: les dejo a su disposición mí apartamento, mi champán, en fin, todo lo que les venga de gusto, y yo me voy camino de Malta. Pregunta: ¿alguien tiene algo que oponer?

Mientras hacía la pregunta miraba a Pitzer, que tras un titubeo, dijo:

—En realidad, no se trata de nada que pueda afectarla de modo directo o grave, peco ha sucedido en el muelle de Nueva York, y me pareció que le interesaría saberlo.

—¿Qué ha ocurrido en los muelles de Nueva York?

—Un chino mató a cuchilladas por la espalda a un alemán llamado Heinrich Thomas, que ha resultado ser un agente de la BND, concretamente de la «Hauptabteilung I» o H-I[1]

Brigitte estuvo unos segundos reflexionando antes de preguntar:

—¿Significa eso algo para nosotros?

—No lo sabemos.

—Ya. Pero suponemos que el chino era también un espía, y, claro, nos gustaría saber por qué un agente del espionaje chino ha asesinado a un agente del espionaje de la Alemania del Este en nuestros muelles, y delante de testigos… Porque si sabemos que fue un chino quien mató a un alemán es que alguien vio al chino, ¿no?

—Bastante gente. Se diría que al chino le tenía sin cuidado que lo vieran o no. Como sea, había bastante gente esperando la llegada del transatlántico *Ulysses*. Entre esa gente estaban el alemán y el chino. El chino mató al alemán de tres cuchilladas magistrales que le partieron los riñones en tres secciones, y se fue. Nadie pudo reaccionar a tiempo de intentar detenerlo…, en el supuesto de que se hubieran atrevido.

—Entiendo. Todo un profesional el chinito, ¿verdad?

—Un auténtico profesional, sin la menor duda.

—La verdad es que no sé qué pensar… ¿Debería interesarme el asunto por alguna razón especial? Quiero decir que cosas como ésta deben de ocurrir de cuando en cuando en el mundo, y yo no tengo por qué intervenir… ¿Acaso el hecho ha afectado de algún modo a alguno de mis Simones?

—No, no.

—¿Entonces…?

—Gunther Mann está camino de Nueva York.

—¿Y quién es Gunther Mann?

—El número uno del espionaje de la BND. El hombre que utilizan los alemanes del Este cuando el asunto es realmente importante.

—Lo que quiere decir que el asunto es importante —dijo Minello.

—Frankie, no hagas el tonto —exigió Brigitte.

—Te recuerdo que si continuas escuchando al buitre carroñero puedes perder el avión que te llevaría a París, desde donde proseguirías el viaje hacia Villa Tartaruga.

—¿Quieres hacer el favor de callarte?

Minello sonrió, hizo a Peggy señas para que se sentara junto a él, y sirvió champán en dos copas, tendiendo una al ama de llaves, que apenas pudo contener la risa. Sobradamente sabía que las discusiones entre Brigitte y Minello eran lluvia de verano.

—O sea —dijo Brigitte, que había continuado reflexionando—, que no sabemos qué está ocurriendo, pero si viene Gunther Mann es que sea lo que sea lo que esté ocurriendo es lo suficientemente importante como para merecer también el interés de la CIA.

—Sin la menor duda —asintió Pitzer.

—¿Cómo es ese Gunther Mann?

—¿Su línea de trabajo? Es implacable. Si usted le molesta la quitará de en medio. Es un hombre sin complicaciones.

—¿Un clásico cabeza-cuadrada que no atiende a consideraciones?

—No sabemos tanto de él. Pero es de mucho cuidado.

—O sea —intervino de nuevo Minello—, que tiene muy mala leche.

—Eso es indudable —asintió Pitzer, tendiendo unas cuantas fotografías a Brigitte.

Ésta las tomó, y se quedó mirando el rostro de Gunther Mann. Era un rostro seco, impenetrable, de facciones duras. Ojos azules. Rubio, rubio como pocos rubios había visto en su vida la espía americana. No era guapo, pero era un hombre que chascando dos dedos podía tener un harén a su disposición siempre que quisiera. Su edad oscilaba alrededor de los cuarenta años.

—Impresionante —murmuró Brigitte, terminando de examinar

todo el juego de fotografías y haciendo un gesto de resignación cuando Minello se las quitó de las manos—… ¿Tenemos también fotografías de Heinrich Thomas?

—Muerto y vivo —le tendió otro juego Pitzer—… Thomas también era un buen agente de la H-I de la BND, pero, ciertamente, no de la talla de Mann.

—De la talla de Mann, tío Charlie, no suele haber muchos agentes. Ni boxeadores, ni escritores, ni cantantes… Los fuera de serie no abundan en ninguna profesión. Ni siquiera en una en la que se mata… Bueno, nuestro desdichado colega Thomas tiene cara de menos mala uva que Mann, pero yo diría que tampoco era un angelito. ¿Estaba residiendo en Estados Unidos?

—Sí. En Chicago.

—En Chicago. ¿Y qué hacía en Nueva York?

—Según todas las evidencias, vino a esperar la llegada del transatlántico *Ulysses*.

—Entiendo. Sí, eso parece. ¿Y qué ha llegado en el *Ulysses* que pueda parecernos interesante a los espías?

—Hasta el momento no hemos encontrado nada. Están pasando por los ordenadores todos los datos referentes al viaje, pasaje y carga del Ulises. Quizá por ese procedimiento lleguemos a obtener alguna conclusión aceptablemente válida…

—Quizás. ¿Y qué me dice del Lien Lo Pou? ¿Hay alguna actividad desusada por parte de nuestros colegas del espionaje chino? ¿Están haciendo algo especial, han movilizado personal…?

—No. Nada. Es como si no existiera el Lien Lo Pou.

—Huy, eso sí que es un sueño —casi rió Brigitte—… ¿Tenemos alguna descripción del chino asesino? Y no me venga con la tontería de que todos los chinos son iguales, tío Charlie.

—Pronto tendremos terminado un retrato-robot. Mientras tanto, sabemos que era un hombre de unos treinta y cinco años, que vestía correctamente a la americana, que era más bien atractivo y ágil y fuerte. Es todo.

—Eso podría encajar con uno de los simpáticos y voluntariosos muchachos del Lien Lo Pou, ¿verdad?

—Sí —asintió Pitzer—… Pero usted y yo sabernos que si el Lien Lo Pou hubiera querido matar a Heinrich Thomas sin que nadie sospechara de los chinos, tienen medios y «colaboradores» más que

suficientes para haberlo hecho sin problema alguno.

—Lo que nos lleva a la conclusión de que: a), el Lien Lo Pou no ha tenido nada que ver en esto por muy chino que sea el asesino de ese espía alemán, y b) si el Lien Lo Pou ha tenido algo que ver en esto lo ha hecho de modo que los demás servicios de espionaje supieran que era cosa suya, lo que es tanto como decir que el Lien Lo Pou quiere que todos sepamos que ellos han hecho eso, matar a Thomas. Y cómo nosotros conocemos… o creemos conocer bastante bien a nuestros colegas chinos no nos queda más remedio que optar por la opción a). O sea, que el Lien Lo Pou no tiene nada que ver en esto.

—¿Tú entiendes algo de algo? —preguntó Minello a Peggy.

—¿Yo? —Respingó la rubia ama de llaves—. ¡Claro que no!

—Pues yo tampoco. Vamos a celebrar la afinidad de nuestras mentalidades e inteligencias tomando otra copa de champán, pero esta vez con guindas y con caviar ruso.

—Frankie, no hagas porquerías —le reprendió Brigitte—; si pones guindas al champán haz el favor de no comer caviar. Y viceversa.

—Pues el pato con piña, por ejemplo, que es uno de los platos chinos más clásicos, bien que nos gusta a ti y a mí. Y hasta le gusta al buitre comedor de carroña.

—Es usted de lo más inoportuno, Minello —gruñó Pitzer.

Minello sonrió como un niño bueno tratado injustamente, y miró a Brigitte, que a su vez lo contemplaba con el ceño fruncido.

—¿Quieres decir, Frankie —susurró—, que los chinos podrían estar colocando ante nuestras narices pato con piña?

—De la cocina china puede esperarse todo —replicó Frankie.

Pitzer frunció el ceño, comprendió el alcance de la intervención de Minello, y masculló una maldición. Brigitte se echó a reír, porque a ella no la sorprendía en absoluto la agudeza mental de su más querido amigo.

—Bueno, tío Charlie —dijo festivamente—, según parece deberemos tener muy presente al Lien Lo Pou en todo esto…, aunque usted y yo hubiésemos optado por la opción a). Frankie tiene razón: quizá los chinos nos han colocado ante las narices uno de sus desconcertantes… pero siempre exquisitos platos.

* * *

William Chu Lai se quedó paralizado por la sorpresa cuando, al abrir la puerta de su apartamento a la persona que había pulsado el timbre hacía unos segundes, quedó ante él nada menos que la señorita Montfort… ¿O era un sueño?

—Buenas tardes, Bill —saludó sonriente la señorita Montfort. No era un sueño.

—Señorita Montfort —alentó apenas el joven chino—… Ésta es la sorpresa más grande que me he llevado en mi vida.

—Lo comprendo. ¿Puedo pasar?

—¡Por favor!

Brigitte entró en el reducido pero confortable y pulcro apartamento de Chu Lai. Éste cerró la puerta, y señaló el corto pasillo que desde el vestíbulo llevaba al interior del apartamento. A la izquierda, una doble puerta se abría a una salita acogedora y un tanto exótica, pero sin excesos. Entraron ambos en ella, y Chu Lai señaló un sillón. Brigitte sonrió, y fue a sentarse en el centro del sofá. Se quedó mirando amablemente al joven chino.

—¿Cómo está tu abuelo? —preguntó.

—Bien… Pero me temo que ya no lo verá usted más por el restaurante. Tiene muchos años, y aunque él se resista su familia le hemos obligado a que se dedique a descansar.

—Se lo merece —asintió la espía—… Hace muchos años que conozco a tu abuelo, y que soy clienta suya en el restaurante. Siempre nos entendimos muy bien.

—Lo sé perfectamente. Él siempre ha dicho que usted no es la persona que más entiende de comidas chinas, pero que sí es la persona que más entiende de personas.

—Eso es un elogio que te ruego agradezcas en mi nombre a tu abuelo. Bien, supongo que estabas a punto de salir hacia el restaurante para iniciar los preparativos para la cena de tus buenos clientes.

—Sí, en efecto. ¿Tal vez ha venido a hacerme un encargo especial?

—Especial, sí, pero no de cocina. ¿Quieres hacer el favor de sentarte?

—Oh, sí, perdone… Es que todavía me dura la sorpresa.

El joven chino se sentó. Brigitte encendió un cigarrillo, miró alrededor, y tras reflexionar unos segundos ante la expectación de Chu Lai, volvió a mirar a éste.

—Tanto si me haces el favor que voy a pedirte, como si no me lo haces, una cosa vamos a dejar bien sentada en este mismo momento: nunca más hablaremos de este asunto, y, sobre todo, jamás se lo mencionarás a nadie. Es un favor personal que puedes hacerme o no, a tu gusto o conveniencia, pero que deberás olvidar tan pronto se haya realizado. Yo también lo olvidaré, aunque… no tanto que si algún día tú me necesitases a mí no lo recordase. ¿Lo entiendes?

—Desde luego. ¿Desea tomar algo o…?

—No. Tengo que salir cuanto antes hacia el aeropuerto. Veamos, Bill: ¿tú sabes si en estos días y especialmente ayer ha sucedido algo… fuera de lo corriente en el Barrio Chino? No es para publicar ningún reportaje, tu información solamente la utilizaría yo sin que trascendiese ni te perjudicase.

—Mi abuelo siempre ha dicho que usted es una mujer… fuera de todo encasillamiento. Según parece, tenía razón.

—Tu abuelo habla con la sabiduría de la edad, pero sobre todo, con la sabiduría de la perspicacia. Bill, sé que tu posición económica te permite ser uno de los chinos prominentes de Nueva York. Tu abuelo ha ganado mucho dinero con su restaurante, y la familia que ahora le estáis sucediendo todavía sois mejores negociantes que él. Si algo importante pasa en el Barrio Chino de Nueva York los Lai lo saben. Tú eres un Lai. ¿Sabes si ha sucedido algo fuera de lo corriente… y quieres decírmelo?

William Chu Lai se pasó la lengua por los labios. Por un instante, la espía americana estuvo segura de ver en los negros ojos del atlético chino lo que sólo podía definirse como una expresión de miedo.

De repente, él volvió a mirarla directamente a los ojos, y murmuró:

—Ha pasado por aquí el Mandarín.

—¿El Mandarín? ¿Qué Mandarín?

—El Mandarín de las Mil Chinas. Brigitte quedó estupefacta.

—¿De las mil Chinas? ¿De qué estás hablando?

—De las mil Chinas repartidas por todo el mundo. Usted sabe

que en todas las ciudades importantes del mundo hay un barrio chino, o una comunidad china, por pequeña que sea… Son algo así como… pequeñas Chinas. Pues bien, esas pequeñas o grandes Chinas tienen un Mandarín.

La periodista-espía no salía de su asombro.

—Santo cielo —susurró—… Es la noticia más asombrosa que he conocido en mi vida de periodista. ¡Mil Chinas!

—Se entiende que el número mil es más bien simbólico, que sólo se trata de dar a entender que en todo el mundo hay muchas Chinas, aunque sean pequeñas. Allá donde haya chinos, se forma una China. Y cada China tiene su emperador.

—¿Qué? —Respingó Brigitte.

—Bueno, es un título de jefatura, simplemente, pero ya sabe usted que a los chinos nos gusta darnos importancia y disfrutar de nombres hermosos.

—Eso resulta simpático. ¿O sea, que tenéis un emperador aquí, en Nueva York?

—Sí… Claro.

—¿Y quién es?

—No puedo decirle eso.

—¿Por qué no?

—En realidad no puedo decirle nada, señorita Montfort. Lo poco que le he dicho ya es demasiado. ¿Puedo a mi vez preguntarle por qué desea usted saber si ha sucedido algo fuera de la corriente en el Barrio Chino de Nueva York? ¿Y por qué se le ha ocurrido la idea de que ha ocurrido algo fuera de lo corriente, qué información o datos ha conseguido usted y cómo?

—Caramba —sonrió Brigitte—, ¡preguntas tú más que yo!

—Tal vez lo mejor será que los dos dejemos de hacer preguntas, en ese caso —deslizó cortésmente Chu Lai.

Brigitte se quedó mirándolo fijamente. ¿Convenía involucrar al joven Chu Lai en aquel asunto? Porque si le decía que ella estaba interesada por un chino que había asesinado a un espía alemán del Este, Chu Lai se preguntaría cuál era el interés de la señorita Montfort en esto. Y se preguntaría como sabía esto la señorita Montfort, ya que la noticia no había aparecido en los medios informativos. Conclusión fácil para un muchacho inteligente como William Chu Lai: la señorita Montfort estaba relacionada con el

mundo del espionaje.

—Sí —dijo por fin—, quizá será mejor que los dos dejemos de hacer preguntas. Gracias por tu escueta información.

Se puso en pie. Chu Lai la imitó rápidamente.

—No he pretendido molestarla —aseguró.

—No lo has hecho, claro que no. Se me ocurre que quizá yo he sido demasiado… curiosa y quizás incluso impertinente. Sucede que ayer mi amigo Frankie, ya sabes, el señor Minello, estuvo en el Barrio Chino por motivos profesionales, y le pareció que había una cierta agitación en las personas que fue a visitar. Nadie quiso decirle qué ocurría, y se nos ocurrió que tú sí querrías facilitarme a mí alguna información.

—Ya lo he hecho.

—Sí. Pero supongo que si te pregunto cuáles son las actividades de las Mil Chinas recibiré el silencio por respuesta.

—Oh, bueno, no hacemos nada importante… Reuniones, conferencias de temas culturales, resolución de problemas de algunos chinos, unificación de criterios… Lo normal, cosas de tipo social y cultural. En realidad, las Mil Chinas vienen a ser algo así como… unos clubes de buenos amigos.

—¿O unas Hermandades… de actividades secretas?

—No, no… ¡De verdad que no! Nada de esas cosas, se lo aseguro.

—De acuerdo. —Brigitte miró su relojito de pulsera—… Tengo que marcharme ya. Gracias por tu amabilidad, Bill.

Capítulo II

Gunther Mann medía metro ochenta y cinco, era delgado, seco, fuerte como un cable. La CIA sabía ya que viajaba con pasaporte falso, al nombre de John Darren, ciudadano británico, pero, ciertamente, puesto que la agente Baby había tomado la dirección de aquel asunto, y había ordenado que nadie molestase al espía alemán, éste no había tenido problema en ningún momento.

Ni siquiera a su llegada a los servicios aduanales, donde pasó los trámites con una rapidez y facilidad que incluso mosquearon un poco al alemán.

Le estaban esperando dos hombres, uno de los cuales se hizo cargo de su equipaje. Luego, los tres se alejaron del aeropuerto en un Lincoln que había conocido mejores tiempos. El destino era Nueva York, y concretamente Manhattan, donde los compañeros del admirado Mann habían preparado a éste un alojamiento sobrio y confortable en un apartamento ubicado en el piso doce de un edificio situado en la Cuarta Avenida.

A las nueve de la noche, Mann había cenado y se aburría y se impacientaba en el apartamento, acompañado por sus dos inexpresivos compañeros. Casi a las nueve y media sonó el teléfono, que atendió uno de estos compañeros. Escuchó, dijo «de acuerdo», y colgó. Segundos más tarde, los tres abandonaban el apartamento. A las diez prácticamente en punto, Gunther Mann entraba en un bar de la calle Cuarenta y Dos muy animado, con muchas chicas y sujetos que parecía estar pasándolo estupendamente. Nadie hacía demasiado caso a nadie. Pero sí hubo alguien, un sujeto de facciones exóticas, que hizo una seña a Gunther Mann.

Éste fue a sentarse frente a él, al otro lado de la pequeña mesita en la que había una botella de *whisky* y una de coca-cola. Mann comprendió que el sujeto estaba bebiendo ambas bebidas mezcladas, y frunció el ceño. Pero a él las peculiaridades humanas

le tenían sin cuidado, y, además, no era hombre que perdiese el tiempo en absurdidades.

—¿Y bien? —Preguntó en inglés—. ¿Cuáles son las noticias?

—Escuche —habló también en inglés el oriental—, yo no soy chino, soy filipino. Puedo deslizarme entre los chinos, pero sin complicarme la vida. Y le aseguro que sin complicarse la vida no es fácil obtener información que valga la pena.

—Aclaremos una cosa —dijo secamente Mann—: usted pidió un dinero a mis compañeros, y ellos se lo pagaron, ¿cierto?

—Sí, cierto.

—Pues si ellos cumplieron su parte cumpla usted ahora la suya. Y no hace falta que se complique la vida, pues yo no necesito grandes informaciones. Deme solamente el pequeño extremo de un delgado hilo y yo sabré tirar hasta llegar al ovillo. ¿Ésta claro?

—Sí señor. Bien, tampoco he podido saber gran cosa, ésta es la verdad. Todo se reduce a la certeza de que, en efecto, el Mandarín llegó a Nueva York, y que hay un cierto disgusto a cierto nivel porque según parece alguien ajeno a él sabía que iba a llegar. Nada más.

—¿Eso es todo? —Frunció el ceño Mann—. ¿No se habla del asesinato a cuchilladas de un hombre en los muelles, de un hombre alemán? ¿Ni de si el Mandarín permanece en Nueva York o se ha marchado?

—No. No se habla de eso. Le he dicho todo lo que he podido saber. ¿Puedo marcharme?

—Maldita sea —dijo entre dientes Gunther—… Estás muerto de miedo, ¿no es así, puerco?

—Sí señor, estoy muerto de miedo. ¿Puedo marcharme ya? —Gunther Mann asintió, con gesto hosco.

El hombre se puso en pie, casi corrió hacia la puerta, y desapareció. Mann divisó a sus dos compañeros sentados a otra mesa, mirándole a la espera de instrucciones. ¿Seguían al filipino? Mann negó con la cabeza; sabía que no valía la pena, que realmente el hombre estaba asustado y por supuesto arrepentido de haber aceptado husmear en el Barrio Chino a requerimiento de dos alemanes bien cargados de dólares. Se había llevado un buen pellizco total para informar que el Mandarín había llegado a Nueva York, cosa que Mann ya sabía.

Mann estaba encendiendo un cigarrillo, pensativo, cuando vio entrar a la muchacha rubia. Era muy hermosa, elegante, de porte felino y grandes ojos que parecían… verdes. Sí, verdes. La veía y no la veía, porque estaba demasiado absorto en sus pensamientos. Pero de repente la vio, porque era demasiado hermosa para ignorarla. Se quedó mirándola. Ella hablaba con uno de los camareros de la barra, que asentía, sonriente. Luego, la muchacha se volvió, fue directa a su mesa, y se sentó en el lugar dejado vacante poco antes por el asustado filipino. Gunther se quedo mirándola con fría expresión.

—¿Cómo está? —Se interesó ella en perfectísimo alemán—. ¿Ha tenido usted buen viaje, *herr* Mann?

Gunther sintió como un leve y breve pellizco en el estómago. Miró hacia sus compañeros, y los vio tensos y mirando hacia otro lado del local, hacia el cual miró él a su vez. Vio a dos sujetos altos, rubios, de aspecto desenvuelto y como informal, pero que le devolvieron una mirada fuerte y directa. Un poco más allá, había dos más. En la puerta acababa de aparecer otro, que parecía aburrido de la vida. Gunther apretó los labios, y dirigió su dura mirada de nuevo a la bella muchacha rubia de ojos verdes y expresión encantadora.

—La maldita CIA —masculló Gunther—. Y no me diga que usted es la agente Baby.

—Ya veo que no hace falta que se lo diga. Tenemos el cadáver de su compañero Heinrich Thomas listo para entregárselo cuando quiera a fin de ser enviado a Alemania Oriental. Pero no hemos conseguido todavía ninguna pista sobre su asesino. Estamos en ello por medios… sofisticados. Se me ocurrió que quizás usted podría ahorrarnos tiempo y molestias.

—Está perdiendo el tiempo —dijo secamente Gunther.

—De acuerdo —replicó no menos secamente la muchacha—. Espero que usted sepa aprovecharlo en la cárcel. Ha entrado en los Estados Unidos con pasaporte falso, lo que es motivo suficiente para que se le detenga y se le encarcele. ¿Es eso lo que quiere, señor Darren?

—Usted no me impresiona. Ya desconfiaba de su prestigio, y ahora me he convencido de que mis desconfianzas estaban justificadas: es muy fácil conseguir resultados cuando siempre se

trabaja sobre seguro, bien arropada por la CIA en peso. ¿Siempre la acompañan sus guardaespaldas?

—Tal vez sea usted un buen espía, señor Mann, pero lo indiscutible es que es un imbécil. Buenas noches.

—Espere un momento —gruñó Mann—… De acuerdo, hagamos un trato.

—No —rechazó la espía americana, para gran sorpresa del alemán—, ya no, gracias.

—¿Cómo que no? ¿Qué quiere decir?

—Que yo no hago tratos con imbéciles, y usted acaba de demostrarme que lo es. No hace mucho tuve una excelente relación de trabajo con un colega ruso[2] que demostró ser inteligente, y todo fue de maravilla. Usted es un cretino fatuo que, simplemente, de aquí se va directo a una prisión americana, por utilizar pasaporte falso. Ya veremos que más cosas encontraremos contra usted más adelante.

—Es usted rencorosa, ¿eh? —sonrió Gunther.

—Desde siempre. Me conozco muy bien, y conozco mis defectos y mis cualidades. Usted, al parecer, carece de esta modestia, se ha creído que es algo demasiado importante para aceptar alianzas y colaboraciones. Se ha equivocado, eso es todo.

—Escuche, ya le he dicho que de acuerdo, que hablemos —gruñó Mann.

—Habríamos hablado cuando yo dije de hablar, pero ya no. ¿Se ha creído realmente que nuestra relación depende de usted, es decir, que si a usted le parece bien hará un trato con Baby y si no le parece bien lo rechazará, y que después de rechazarlo sólo tiene que chascar dos dedos porque le conviene y decir que bueno, que acepta hablar con una pobre niña tonta? A partir de este momento, señor Mann, usted hará lo que yo quiera, sin trato alguno.

—¿Sí? ¿Y cómo espera conseguirlo?

—Aquí tienen —apareció el camarero, portando una bandeja que contenía una botella de champán y dos copas—… Bien frío, como usted desea, señorita.

—Gracias. Lo que sobra es para usted.

La rubia tendió un billete al camarero, que se quedó mirándolo como alucinado. Se retiró todavía en sueños. Gunther Mann dejó de mirar hoscamente la botella para volver a mirar a su colega

americana.

—De modo que incluso piensa convidarme a champán —murmuró.

—Ya no —dijo ella, poniéndose en pie y cogiendo la botella—… Me la beberé en mejor compañía. Mientras tanto, señor Mann, usted puede elegir entre salir de aquí sin armar alboroto y aceptar la invitación de subir a un automóvil para ser conducido a cierto lugar, o resistirse a ello, en cuyo caso puede empezar a sacar su pistola cuando quiera.

La espía americana dio la vuelta, y se dirigió hacia la puerta. Mann miró hacia los espías americanos, que le contemplaban con una fijeza que le pareció perversa. Todavía no había salido Baby del local cuando entraron tres hombres más, que dirigieron su socarrona mirada hacia el alemán. Éste miró a sus compañeros, que estaban lívidos. Al parecer nadie se daba cuenta de que algo extraño estaba sucediendo. Solamente se daban cuenta los que jugaban el juego del espionaje.

—Maldita sea —jadeó Gunther Mann.

Se puso en pie, caminó hada la puerta, y salió a la calle. Dos hombres que habían salido tras él se le acercaron, y uno de ellos le quitó la pistola, señalando acto seguido un automóvil detenido frente al bar…

En un abrir y cerrar de ojos la situación había cambiado para Gunther Mann: de poderoso espía que habría podido gozar del privilegio de colaborar con la agente Baby de la CIA, pasó a ser un prisionero que, en un coche, era conducido hacia destino desconocido, llevando tras él otro coche en el que viajaban, también prisioneros, sus dos compañeros.

Del todo posible, a la nada segura.

Y por si esto fuera poco, se había quedado sin beber champán.

* * *

Ella sirvió el champán en cuatro copas, y tomó una con sus finos dedos aristocráticos, pero de un vigor que no escapaba a la aguda mirada del irritado Gunther Mann. Bebió un sorbito, sonrió, y miró a los tres agentes de la CIA que la contemplaban, y dijo:

—Pueden beber tranquilamente, muchachos: me parece que no

está envenenado.

Los tres espías soltaron una carcajada, y se acercaron a tomar sus copas. Sentados los tres juntos en el sillón, desarmados pero no atados ni nada que implicase temor, desconfianza, y, sobre todo, humillación para ellos, los tres espías de la BND contemplaban en hosco silencio la escena, que parecía de película americana tomada medio en broma. Habían sido llevados a un chalé respecto a cuya ubicación no tenían la menor idea, pero esto no resultaba sorprendente, porque si la CIA ya era poderosa fuera de los Estados Unidos no hacía falta ser muy inteligente para comprender que dentro de éstos su poder y sus recursos eran ilimitados.

—Está bueno, ¿verdad? —se interesó Brigitte.

—Está formidable —asintió uno de los Simones—... Lástima que los demás no estén aquí para probarlo.

—Ya vendrán, después de llevar a cabo cierta gestión que les he encomendado. Y también les he encargado que compren más champán, de modo que habrá para todos. Mientras tanto, Simón, ¿será tan amable de ir a la radio a preguntar si tenemos alguna novedad?

—¿Cuál de nosotros tres? —preguntó uno—. Porque los tres nos llamamos Simón, casualmente.

—Pues vaya usted, por hablar.

De nuevo rieron los espías americanos. Los alemanes, especialmente Gunther Mann, estaban de pésimo humor, en muy buena parte porque se daban perfecta cuenta de que la rubia de los ojos verdes ni ahora ni en ningún momento estaba impresionada en absoluto por tener en su poder nada menos que al siempre invicto Gunther Mann.

Éste preguntó, de pronto:

—¿Se puede saber qué hacemos aquí?

—Estamos esperando un helicóptero que los llevará a ustedes tres a lugar seguro. Y otras cosas sobre las cuales no deseo pasarle información alguna, *herr* Mann.

—No se atreverá a encarcelarnos. Brigitte quedó pasmada.

—¿No? —exclamó—. ¿Por qué?

—Si usted me mete en una prisión americana, mis compañeros de Europa cazarán a varios de sus Simones de Europa, y en cuestión de días se procederá al canje. Sólo habrá sido una pérdida de

tiempo para todos.

—Tal vez sí, pero el invencible Gunther Mann habrá dejado de ser invencible. Yo me encargaré de que todos los servicios de espionaje del mundo se enteren de que ha sido encarcelado durante varios días, por estúpido.

Mann palideció, y se quedó mirando con hostilidad manifiesta a la espía americana. Ésta iba a decir algo más cuando el agente que había salido de la sala un minuto antes, regresó, con cara de pasmo.

—Cosa chocante —dijo—; adivine quiénes más están en este juego.

—¿Los rusos? —deslizó aburridamente Brigitte.

—Los albaneses.

—¿Los albaneses? —se sorprendió realmente Brigitte—. ¿Quiere decir los ciudadanos de Albania, en Europa?

—Claro.

Brigitte quedó pensativa. En realidad, ¿por qué se había sorprendido tanto? Tiempo atrás, los albaneses y los chinos habían sido muy buenos amigos…, y en el asunto actual estaba interviniendo un chino que decía ser el Mandarín de las Mil Chinas. Albaneses y chinos: de acuerdo. Pero… ¿qué pintaban entonces los alemanes orientales? ¿Qué estaba pasando allí? El triángulo Albania-China-Alemania Oriental no parecía tener sentido alguno.

Por fin, Baby miró de nuevo a Gunther Mann, y se dio cuenta de que el alemán estaba un poco tenso, haciendo lo posible por permanecer inexpresivo.

—¿Y cómo sabemos que los albaneses andan metidos en esto? —inquirió por fin Brigitte.

—Han detenido a tres que han llegado a toda prisa a Nueva York, procedentes de París. Tenían tanta prisa que han sido detectadas sus pasaportes falsos por el Servicio de Inmigración, que han avisado a su personal, el cual ha extendido un rápido comunicado que ha llegado prioritariamente a la Jefatura del Sector New York de la CIA. El jefe de Sector ha ordenado su inmediata detención… ¿Y sabe usted qué le han dicho esos tres albaneses?

—¿Qué?

—Que venían detrás de Gunther Mann.

—¿Por qué?

—Porque se enteraron de que él viajaba hacia Estados Unidos,

tuvieron una confidencia de que venía en pos del Mandarín, y ellos también quieren cazar a El Mandarín hace tiempo, aunque esos tres agentes no saben el motivo: ellos sólo tenían que localizar al Mandarín, y, si les era posible, cazarlo, ponerlo a buen recaudo y avisar a Tirana.

—O sea, que el Mandarín de las Mil Chinas es un personaje que ha causado un considerable alboroto… Se me está ocurriendo que si detrás de él han venido los alemanes orientales y los albaneses, es posible que vengan colegas de otros servicios, ¿no le parece?

—Por supuesto que sí. Es muy probable.

—Zambomba con el Mandarín… Bueno, yo diría que un sujeto así no se dedica a cosas… aburridas, sino más bien a actividades de alto interés. Lo que quiero decir es que supongo que no se dedica a organizar tómbolas benéficas ni partidas de bolos entre clubes rivales… Llame a nuestro jefe de Sector y dígale que quiero tener aquí cuanto antes a esos tres albaneses, para conversar con ellos… Y esperemos que sean más inteligentes que *herr* Mann.

—Es usted quien está armando un gran alboroto por nada —gruñó Gunther Mann—: si quiere le explico todo el asunto, y tengamos la fiesta en paz.

—No necesito que usted me explique nada. Cierre la boca.

—¿Está bromeando? —Casi se encolerizó el alemán—. ¡Le estoy ofreciendo en bandeja la explicación de todo!

—Le he dicho que se calle, que no le necesito, *herr* Mann.

—Maldita sea, se lo voy a decir todo, y así…

—¿Es usted sordo? —Se plantó ante él uno de los Simones, con muy mal talante—. Cállese o le rompo todos los dientes. Si ella dice que se calle, usted se calla, ¿ni siquiera puede entender esto?

Mann soltó un reniego en alemán, y acto seguido apretó los labios. Estaba desconcertado y furioso. Brigitte miró su relojito de pulsera, y dijo:

—Los albaneses tardarán en llegar no menos de una hora, así que voy a echar un sueñecito.

—¿Qué hacemos si mientras tanto llega el helicóptero?

—Simón, si el helicóptero llega yo lo sabré, y entonces tomaremos decisiones. Y también me despertaré si llegan los albaneses. Y también me despertaré cuando lleguen nuestros compañeros con más champán, porque la verdad es que me he

quedado con ganas de beber más. Es que una botella para cuatro no me parece precisamente el cuerno de la abundancia.

Dejando sonriendo a los dos Simones que vigilaban a los alemanes, Brigitte se fue a un dormitorio, se quitó la peluca rubia y las lentillas de contacto de color verde, y se tendió en la cama, quedando dormida en el acto. Una hora más tarde, despertó, se puso de nuevo la peluca y las lentillas, y regreso a la sala, donde todo seguía igual. Contempló la escena, asintió, y fue al cuarto donde estaba instalada la radio. El Simón que la atendía la miró.

—Los albaneses están llegando —dijo.

—Bien. ¿Todavía no sabemos nada de esa investigación por ordenador que están realizando en la Central?

—No han informado de nada.

—Llame usted. Insista. Y aproveche para decir que dediquen una cierta atención preferente hacia todo lo que se relacione con China y los chinos.

—*Okay*.

Ni siquiera tres minutos más tarde llegó el primer coche con agentes de la CIA portando víveres y champán. Otros tres minutos después, llegaron dos coches más, con cuatro agentes de la CIA y los tres espías albaneses detenidos poco antes. Brigitte casi rió al verlos: altos, desgarbados, y casi albinos dos de ellos y moreno y menudo el tercero, eran personajes de lo más pintoresco, pues ni siquiera habían tenido ocasión de procurarse ropas de confección un tanto elegante, y sus trajes, de tejido y corte albanés, eran los más adecuados para no ganar nunca un concurso de elegancia.

Era la una y media de la madrugada, y el chalé poco antes silencioso y en calma estaba ahora en plena ebullición. Hubo reparto de bocadillos, de champán, de cerveza, alguien decidió preparar abundante café, y, en medio de todo esto, llegó por fin el helicóptero que estaban esperando, para llevarse a los tres alemanes.

De pie en un rincón de la sala, los tres albaneses contemplaban con expresión casi asustada toda la actividad del personal de la CIA, dirigido magistralmente en todo momento por la hermosa muchacha rubia, que fue la que se acercó a ellos, les tendió unos bocadillos, y les preguntó:

—¿Champán o cerveza?

—¿Qué? —preguntó el moreno y menudo.

—Que si quieren champán o prefieren cerveza para cenar. Los albaneses estaban estupefactos.

—¿Podemos beber champán? —preguntó uno de los rubios.

—Pueden beber lo que prefieran. ¿Quizá café?

—Preferimos champán. El café después.

Brigitte ordenó que les entregaran para ellos tres una botella de champán, y se fue a conversar con el encargado de la radio, pero éste apenas verla movió negativamente la cabeza. La espía regresó a la sala. Los alemanes permanecían quietos y hoscos, sin comer ni beber. Los albaneses comían con simpático apetito los bocadillos, y era evidente que ya habían atacado con entusiasmo la botella de champán. Estaban sentados en el suelo, y no parecían nada preocupados por su futuro.

La espía americana agarró una silla, y fue a sentarse delante de ellos.

—Díganme cómo debe llamarlos durante la conversación. Luego, dormirán unas horas, y al mediodía mis compañeros los llevarán al Kennedy Airport para que regresen a Europa. ¿Están de acuerdo?

Capítulo III

Los albaneses se habían quedado con la boca abierta. Por fin, uno de los rubios reaccionó, y dijo:

—Yo soy Hahxi, y estos son Topki y Wied. ¿Y usted quién es?

—La agente Baby, de la CIA. ¿No se les había ocurrido? —La expresión de los albaneses era absolutamente cómica, y Brigitte no pudo contener una carcajada de lo más simpático—. Bien, ya realizadas las presentaciones, pasemos al asunto: ¿por qué venían ustedes detrás de Gunther Mann?

—Porque nos enteramos de que él venía pisándole los talones al Mandarín, y nosotros también queremos encontrar al Mandarín.

—¿Por qué?

—Porque hace más de quince años él provocó un enfrentamiento entre albaneses y alemanes orientales que ocasionó la muerte de siete albaneses…

—Y cinco alemanas —dijo con vez irritada Gunther Mann.

El agente de la CIA que ya le había advertido antes se acercó a él, y, sin más explicaciones, le aplicó en la boca un puñetazo tremendo, que partió los labios y dos dientes del alemán y casi lo hizo saltar por encima del respaldo del sofá, quedando casi desvanecido, mientras sus dos compañeros no se atrevían ni a moverse, todos observados ahora por casi una docena de agentes de la CIA.

—¿Decía usted, Hahxi…? —inquirió amablemente Brigitte.

—Él tiene razón —movió la barbilla el albanés hacia Mann—: en el enfrentamiento murieron también cinco alemanes da la BND. Pero la culpa la tuvo el Mandarín: él había estado trabajando como agente albanés, y nosotros habíamos estado confiando en él, porque era chino, y China apoyaba la postura comunista de Albania…

—Sí, ya sé que China y Albania se hicieron muy amigas. Por tanto, no les sorprendió que un agente chino colaborase con el

servicio de inteligencia albanés. Correcto, entendido. ¿Qué más?

—Resultó que el Mandarín trabajaba también con los alemanes del Este, con la BND. Era un agente doble, y nuestro servicio descubrió que lo hacía exclusivamente por dinero, porque al informar de ello al Lien Lo Pou éste nos contestó que ningún agente apodado el Mandarín prestaba servicios en el Lien Lo Pou.

—Fantástico —estaba realmente admirada Brigitte—… O sea, que el Mandarín dijo colaborar con ustedes, pero lo que hacía era obtener beneficios personales haciendo de agente doble.

—Así es. Naturalmente, quisimos detenerlo, pero él debió de olerse algo, porque escapó, pidiendo ayuda a la BND. La BND, que todavía ignoraba que el Mandarín trabajaba también para nosotros, desplegó sus fuerzas para ayudarle, y eso ocasionó un feroz enfrentamiento con abundantes muertos por las dos partes, como ya le he dicho. Finalmente, los alemanes se llevaron sano y salvo al Mandarín, y entonces nosotros enviamos a la BND un recado diciendo que el enfrentamiento, en el que ni siquiera habían aceptado conversaciones, había sido una estupidez por parte de ellos, pues el Mandarín también había sido agente nuestro. Entonces, claro, los alemanes se cabrearon…, pero el Mandarín ya se les había convertido en humo. Y desde entonces, ellos y nosotros lo estamos buscando.

—Muy lógico. ¿Y cómo supieron ustedes que la BND se había enterado de dónde y cuándo estaría localizable el Mandarín?

—Tenemos personal en París que observaron un inusitado movimiento en los alemanes de esa ciudad. Nosotros, desde hace tiempo, tenemos… digamos amigos en la Alemania Oriental, y nos enteramos de lo que sucedía: la BND había sido informada de que el Mandarín había estado en París y volaba hacia Nueva York, así que la BND avisó a algunos de sus hombres en Estados Unidos, y mientras tanto puso en marcha a Gunther Mann. Nosotros no pudimos tomar en París el mismo avión que Mann, pero teníamos la esperanza de coger su rastro en cuanto llegásemos.

—¿Sí? ¿Cómo?

—Unos amigos nuestros esperaban a Mann en el aeropuerto Kennedy, con el encargo de seguirlo y tenerlo localizado. Pero cuando llegamos, tuvimos contratiempos, y… aquí estamos.

—De modo que por ahí fuera hay algunos albaneses más, quizás

esperando el momento de contactar con ustedes. Y cabe suponer que siguiendo a Mann se enteraron de que la CIA atrapaba a éste y a sus dos compañeros… Incluso es posible que en estos momentos estén cerca de esta casa, por habernos seguido a mis compañeros y a mí.

—Podría ser —admitió Hahxi.

Brigitte asintió, bebió otro sorbito de champán, y dedicó un minuto a reflexionar. Luego, dijo:

—O sea, que el Mandarín anda metido en asuntos de espionaje.

—Hace tiempo que no se sabía nada de él, pero antes sí estaba metido en esto, aunque lo único que sabemos nosotros sobre sus actividades es lo que ya le he explicado.

—De acuerdo. Muchas gracias, Hahxi. ¿Quieren más champán?

—Francamente, sí. Pero preferiríamos otra cosa.

—¿Qué otra cosa?

—Usted parece que piensa devolvernos a casa como… como si fuésemos un paquete.

—No todos los espías les permitirían un regreso tan fácil, Hahxi.

—Nosotros… preferiríamos un regreso menos fácil…, pero un poco más honroso. Las cosas han ido de tal modo que daremos la sensación de ser tres pajaritos caídos del nido.

—Incluso los mejores espías tienen momentos absurdos —sonrió la bella rubia.

—Sí, lo sabemos, pero… Bueno, hace años que estamos aprendiendo inglés y toda una serie de técnicas, nos consideran agentes bien preparados para trabajar en Estados Unidos, confían en nosotros… Ya sabemos que no podemos compararnos con la CIA, pero esto nos va a arruinar.

Brigitte miraba sonriente de uno a otro albanés. Por fin, sonrió de nuevo, y dijo:

—Ustedes y yo haremos un trato. Sigan cenando.

Se alzó de la silla, pidió otra botella de champán para los albaneses, y señaló a los alemanes. Gunther Mann, recuperado del todo del puñetazo, la miraba con hosca expresión. Brigitte se limitó a señalar hacia los alemanes con la barbilla, y dijo:

—Llévenselos ya. Totalmente incomunicados y sometidos a la presión del Grado Nueve.

Uno de los agentes de la CIA emitió un silbidito de admiración.

Los compañeros de Mann estaban lívidos, y Mann hacía lo posible por no mostrar expresión ni impresión alguna. En un momento dado pareció dispuesto a decir algo, pero el agente de la CIA que antes le había golpeado lo miró, y eso fue suficiente.

Dos minutos más tarde, el helicóptero estaba listo para trasladar a los tres alemanes, mientras Brigitte conversaba con el agente que acompañaría en aquel vuelo al piloto y su carga.

—Que los incomuniquen apenas llegar, y pasen aviso a la BND, de mi parte, en el sentido de que no se molesten en buscar rehenes para canjear, pues dentro de cuarenta y ocho horas les devolveremos a Mann y a los otros dos.

—De acuerdo. Oiga, por curiosidad, ¿qué es eso del Grado Nueve?

—Nada —rió Brigitte—. Lo he dicho sólo para asustar a los alemanes. Ah, diga también en la Central que extiendan la noticia a nivel mundial de que el agente alemán Gunther Mann ha sido cazado por la agente Baby y sometido por ésta a tal presión que la ha informado de todos los pormenores de su fracasada misión y de muchos detalles sobre la modernización de los sistemas de la BND.

—Eso es tanto como terminar con Gunther Mann como espía.

—Lo sé perfectamente. Él se lo buscó.

El helicóptero partió. Brigitte regresó al interior del chalé, y volvió a sentarse ante los albaneses.

—Éste es mi trato —dijo reposadamente—: ustedes tres permanecerán en este chalé hasta que yo los requiera, si es que esto llega a suceder. Si no llegara a necesitarlos para nada, vendré a verlos cuando termine con el Mandarín, les diré lo que ha sucedido y cómo están las cosas, y les permitiré que emprendan el regreso a Albania como si nunca hubieran estado en manos de la CIA. En cuanto a esos compañeros de ustedes que quizás anden por ahí fuera, se supone que entrarán en la casa en cuanto mis compañeros y yo la desalojemos. Adviértanles que deben también permanecer aquí, con ustedes, esperando mi requerimiento de ayuda o mi visita para informarles que todo ha terminado y cómo ha terminado. ¿Me han entendido?

—Desde luego.

—¿Y bien?

—Aceptamos su trato.

—Hahxi: si ustedes no cumplen este pacto conmigo, se arrepentirán.

—Lo cumpliremos: no somos tontos.

—Ni estúpidos, por lo que veo —sonrió amistosamente la espía americana—… Hasta la vista.

Segundos más tarde estaba una vez más en el cuarto de la radio. El agente de la CIA movió negativamente la cabeza. Pero tan sólo doce minutos más tarde la fue a buscar al dormitorio donde la espía se había retirado a reanudar su descanso, con vistas a un futuro agitado e imprevisible. Brigitte parecía dormir profundamente, y el agente de la CIA titubeó. Se acercó por fin a ella, y la tocó en un hombro. Baby abrió los ojos.

—Lo siento —murmuró Simón—… Acaba de llegar un mensaje por radio.

—¿Y…?

—Es respecto a lo que usted indicó que dedicasen una atención preferente hacia todo lo que se relacionase con China y los chinos… Resulta que en el proceso de datos del ordenador que está investigando el viaje del transatlántico *Ulysses* han conseguido destacar algo que parece interesante: en ese transatlántico viajaban seis chinos, dos de ellos como pasajeros y cuatro como empleados en los servicios del barco. Con toda facilidad y rápidamente, recurriendo al FBI y otros organismos, en la Central han localizado e identificado a cinco de esos chinos, pues todos los datos que constan de ellos son correctos y verídicos.

—¿Y el sexto chino?

—Utilizaba el nombre de Hui Tsi Mao, viajaba con pasaporte holandés y había tomado el *Ulysses* como pasajero de primera clase. No hay ni rastro de él, se ha convertido en humo nada más poner las pies en Nueva York.

—Ya. De acuerdo. Que terminen de martirizar al ordenador con preguntas, Simón. Yo me encargo del Mandarín.

—Pero antes habrá que localizarlo, ¿no?

—Ya lo tengo localizado.

—¿A quién? —Se pasmó el agente—. ¿Al Mandarín?

—Claro. Bueno, casi localizado. Si nos damos prisa —miró su relojito de pulsera— antes de veinticuatro hora podemos tener en nuestras manos al Mandarín de las Mil Chinas. ¿Le gustaría

colaborar en su captura?

—¡Cómo que si me gustaría…! —Respingó Simón—. ¡Estoy con usted en esto desde el principio, de modo que quisiera llegar hasta el final! ¡Cómo que si me gustaría…!

—Avise a Simón II y a Simón III —casi rió Brigitte—. Regresaremos los cuatro rápidamente a Nueva York. Y quizá todavía encontremos a mi amigo antes de que esté tan dormido que ni siquiera oiga mis llamadas.

* * *

William Chu Lai no estaba dormido, pero sí ya en pijama y a punto de acostarse cuando sonó el timbre de la puerta de su apartamento. El restaurante funcionaba muy bien, había mucho trabajo, especialmente por las noches, y cuando él regresaba a su apartamento después de todo el trabajo de la noche y de dejarlo todo en orden no tenía precisamente ganas de música, sino de dormir, desde siempre el mejor sistema para quitarse de encima el cansancio de una dura jornada…

Esta vez ya no se sorprendió tanto al ver a la señorita Montfort ante él, aunque sí lo suficiente para quedarse sin habla mientras ella decía:

—Si yo hago algo que te comprometa o que perjudique a China o a tu comunidad china de Nueva York, haces lo que quieras, incluso pegarme un tiro; pero si termino demostrándote que mi intervención ha sido beneficiosa para ti y otros chinos honrados y pacíficos como tú, jamás mencionarás mi nombre involucrado en este asunto. ¿De acuerdo?

—Pase usted —suspiró Chu Lai—, y perdone que la reciba en pijama, pero me disponía…

—Vamos, Bill, déjate de tonterías —fue la propia Brigitte quien cerró la puerta del apartamento—. Tienes que decirme adónde ha ido el Mandarín desde Nueva York. Solamente eso.

—No lo sé.

—Sí lo sabes. Tal vez ni siquiera lo hayas visto, pero sí lo sabes, porque todo lo que suceda en el Barrio Chino de Nueva York los Lai lo saben. Se me ha ocurrido que incluso podrías ser tú el Emperador de esta China, pero aunque no lo seas, eres lo bastante importante

en el lugar para formar parte del grupo de consejo o mando.

—Usted me desconcierta —murmuró el joven atleta—… No parece la misma persona, la cliente que conocemos en el restaurante… ¿Qué está buscando, qué pretende?

—Te diré lo que puede pretender el Mandarín: algo qué ocasione conflictos y muertes. Y si eso sucede ten por cierto que alguna de vuestras Mil Chinas, la que sea, va a resultar muy perjudicada.

Chu Lai titubeó. Aquella misma noche había recibido la información de que Ho Ming había sido asesinado por uno de los sicarios continentales del Mandarín. Claro que Ho Ming no era precisamente una persona que mereciera que su muerte fuese llorada, pero…

—Si no confiase en usted, sea como sea y para lo que sea —murmuró por fin Chu Lai—, mi abuelo me despellejaría. Sé que el Mandarín partió hacia San Francisco, acompañado de uno de sus hombres de protección, un tal Kui, que es un hombre muy peligroso.

—San Francisco. De acuerdo. ¿Tú sabes que ese Kui asesinó ayer en el muelle a un alemán llamado Heinrich Thomas?

—No, no fue Kui —desvió la mirada Chu Lai—… A ese alemán lo mató un chino llamado Ho Ming. Y luego, por orden del Mandarín, Kui eliminó a Ho Ming.

—Ah. Bueno, Bill, tengo la impresión de que no te está gustando nada todo esto del Mandarín, ¿verdad?

—Lo último que necesitamos en el Barrio Chino de Nueva York es un sujeto que venga a decirnos qué tenemos qué hacer y cómo tenemos que vivir. Y si su llegada provoca muertes, todavía peor.

—De modo que algunos de vosotros estáis amedrentados.

—Todo aquel que se ha opuesto a las órdenes que el Emperador de la China local ha impartido siguiendo las directrices del Mandarín, ha tenido… tropiezos importantes. Sí, algunos de mis amigos están asustados. Pero también hay muchos otros que se sienten reconfortados y felices con esto de vivir en China, no en América…, aunque sea una de las Mil Chinas. Quiero decir que muchos chinos viven aquí, en el Barrio Chino, convenciéndose a sí mismos de que esto no es un barrio chino de una ciudad americana, sino parte de China.

—Ya comprendo. ¿Conoces al Mandarín personalmente?

—No. Sé que es un hombre de edad considerablemente avanzada, y que sus dientes son de diamante.

—¿Dientes de diamante?

—Es lo bastante viejo para haber perdido buena parte de su dentadura. Y en lugar de ponerse una postiza, o dientes sueltos de los habituales en las prótesis, se ha hecho poner diamantes.

Brigitte consiguió salir de su asombro, movió la cabeza, y señaló con un dedo el pecho del chino.

—Tú y yo hemos hecho un trato —murmuró—: no lo olvides.

* * *

A las dos y media de la tarde, la señorita Montfort llegó al aeropuerto de San Francisco, sin más equipaje que su maletín rojo con florecillas azules estampadas. En el mismo avión, pero como si no la conocieran a ella e incluso como si no se conocieran entre sí, llegaron Simón I, Simón II y Simón III. Cada uno por su lado se dirigieron a la salida. Un automóvil recogió a los tres Simones sucesivamente, y partió en pos del que había recogido a la señorita Montfort, que captó la maniobra mirando por el cristal zaguero, y dedicó entonces su atención al hombre que se había sentado junto a ella.

—De manera que usted es Simón-San Francisco —sonrió—. Encantada de conocerle.

—Yo soy Simón No Sé Cuántos —dijo el agente que conducía el coche, sonriente.

—Simón IV —rió Brigitte—. Por números no vamos a preocuparnos, hay para todos…, aunque ya saben que una vez realizada la labor informativa y orientativa siempre me gusta que mis Simones queden al margen. Y como esto ni siquiera admite discusiones, vamos al asunto: ¿me tienen preparados esos dos chinos?

—Desde luego.

—Bien. Una vez me hayan llevado a ese lugar, ustedes regresarán al aeropuerto, a esperar al agente del Lien Lo Pou.

Simón-San Francisco quedó pasmado. Y acto seguido exclamó:

—¿A quién?

—A un agente del Lien Lo Pou que espero llegue en breve a San

Francisco, procedente de no sé dónde. Lo mismo puede ser un residente en la misma San Francisco que llegar de París, de Pekín o de Honolulu…, pero espero que acuda a la cita que he pedido por los canales habituales al Lien Lo Pou.

—¿Usted ha pedido al Lien Lo Pou que envíen uno de sus agentes a San Francisco? ¿Y cree que ellos van a aceptar esa cita?

—Si no lo hacen peor para ellos. Saben que en las oficinas de la American Air Lines hay un paquete para ese agente. Ese paquete contiene una radio de bolsillo, que el agente debe utilizar para informar de su llegada. Ustedes recibirán su mensaje, lo recogen, y me avisan. Eso es todo. ¿Qué clase de chinos son los que me tienen preparados?

—Son diferentes. Uno es un honesto y muy estimado ciudadano americano, llamado Bernard Tao. El otro es un completo granuja, una rata del Barrio Chino por el que no darían ni cinco centavos, y su nombre es Sui Robinson.

—Es chocante —movió la cabeza Brigitte…, todo esto es muy chocante, de verdad. ¿Dónde los tienen? ¿En un chalé fuera de la ciudad?

—No. Nos pareció más astuto retenerlos en la misma ciudad. Los cazamos en Chinatown, les dimos dos o tres vueltas por la ciudad con los ojos vendados, de modo que creyeran que eran llevados muy lejos, y finalmente los depositamos en un garaje del distrito de Marina, precisamente muy cerca de Chinatown.

—Buena jugada —aceptó la divina espía—… Esperemos que esos dos ciudadanos de una de las Mil Chinas sean suficientemente razonables para que las cosas no se pongan desagradables. Supongo que los tienen separados uno del otro, tal como les indicarían desde la Central.

—Desde luego.

—Usted no debería dudar de nosotros —dijo el Simón que conducía—: basta que nos digan que cualquier orden proviene de usted para obedecerla al pie de la letra y con todo entusiasmo, por extravagante que sea.

—Es simpático el muchacho —rió Brigitte.

Capítulo IV

Cuando la mujerona de robusto aspecto, cabellos rubios y crespos, y ojos claros escrutadores tras los cristales de sus gafas de gruesa montura, se sentó ante él, Bernard Tao comprendió que había llegado el momento de la verdad, y que si se comportaba de modo adverso a los deseos de aquel grupo de gente las cosas le iban a ir muy mal en el futuro.

—¿Se encuentra bien, señor Tao? —se interesó la mujerona.

—¿Quién es usted? —murmuró él.

—Llámeme Flor de Loto —sonrió ella—. ¿Está bien instalado, necesita alguna cosa que mis compañeros no le hayan proporcionado?

—No… Estoy bien. No necesito nada, salvo marcharme de aquí.

Flor de Loto asintió, echando un vistazo en torno. Se hallaban en una pequeña habitación oscura y donde la nota predominante era pura y simplemente la grasa: había viejas ruedas de automóvil, algunos cubos con aceite desechado, y, en general, lisa y llanamente daba asco estar allí, sentado en un mugriento sillón de piel y teniendo por toda iluminación una bombilla que pendía del techo y por toda ventilación una ventanuca que daba no al exterior, sino a la gran nave principal del garaje.

—En cuanto usted nos haya facilitado la información que precisamos lo llevaremos a un lugar más confortable —dijo Flor de Loto—. Ya deberíamos haberlo hecho, pero hemos tenido que actuar con muchas prisas… No se preocupe, que le trataremos muy bien y no sufrirá daño alguno…, siempre y cuando, ya se entiende, usted se muestre complaciente con nosotros.

—Pero… no comprendo,… ¿Quiénes son ustedes, qué esperan de mí?

—Esperamos que nos diga quién es el Emperador de la China de San Francisco, es decir, de una de las Mil Chinas.

Fue perfectamente visible y remarcable la palidez en las facciones de Bernard Tao, cuyos ojos no pudieron contener el sobresalto mientras giraban velozmente de uno a otro hombre que tenía de pie ante él y finalmente regresaban a la rubia mujerona de las gafas.

—No sé de qué me hablan —jadeó.

—En realidad —dijo amablemente Flor de Loto— a quien queremos localizar es al Mandarín, pero admitimos que usted ignore su paradero, de modo que le preguntamos por el del Emperador, a fin de ir a preguntarle a él dónde está el Mandarín. Vamos, señor Tao, sea razonable y consecuente. ¿No se le ha ocurrido pensar que su vida ha terminado si no contesta a mi pregunta? En cambio, si la contesta será puesto pronto en libertad, y nadie sabrá jamás que fue usted quien nos facilitó el nombre del Emperador. Entiendo que usted tiene familia, señor Tao.

—Sí… Sí, sí.

—Imagínese que nosotros averiguamos por otro conducto quién es el Emperador de la China de San Francisco, y que entonces, enfadados con usted, no sólo le… lastimamos personalmente, sino que para vengarnos de su silencio hacemos correr por el Barrio Chino la voz de que ha sido usted quien nos ha facilitado la pista del Emperador. ¿Cree usted que algún fanático molestaría a su familia, señor Tao?

—Ustedes no pueden hacer eso —casi sollozó el chino.

—Es una jugada asquerosa —admitió Flor de Loto—, pero le aseguro que la realizaríamos. Mire, de su buena disposición con nosotros no se va a derivar mal alguno hacia usted, ni hacia su familia, ni hacia Chinatown… Solamente queremos localizar al Mandarín, y si no nos ayuda usted nos ayudará otro que se librará de muchas molestias y sinsabores. ¿Nos dice usted dónde está el Mandarín, señor Tao?

—¡No sé eso! —protestó el hombre.

—¿Nos dice entonces quién es el Emperador de Chinatown-San Francisco?

—Hei… Son Hei, el anticuario.

—Muchas gracias.

Flor de Loto se puso en pie, y salió del grasiento cuartucho. Simón-San Francisco la condujo a la parte de atrás del garaje, donde

había un vestuario casi tan grasiento como aquel cuarto, y unas duchas en las que pasando por ellas se debía de salir más sucio que al entrar. El chino llamado Sui Robinson era joven, tenía cara de granuja, y vestía y miraba como un granuja de auténtico barrio bajo. Estaba sentado en un banco colocado entre dos filas de taquillas metálicas, fumando, y al ver aparecer a Flor de Loto se quedó mirándola con sorna, para terminar sonriendo simpáticamente.

—Joder —dijo—, qué tía más fea.

Flor de Loto se sentó junto a él en el banco, pero a horcajadas, de modo que daba frente a Robinson. Sabía que éste era un granuja, pura y simplemente, pero no un granuja tonto, sino un granuja de los verdaderamente listos, pues de otro modo los Simones no lo habrían elegido como uno de los supuestamente conocedores de la personalidad del Emperador e incluso, quizás, de la del Mandarín.

—¿Qué pasa? —Dijo Robinson—. ¿Me has hecho secuestrar para violarme, cara de culo?

Flor de Loto sacó una navaja, apretó el resorte que hizo salir la aguda y afilada hoja de acero, y colocó la punta en la garganta de Robinson, debajo de la barbilla.

—Si no me dices quién es el Emperador de la China de San Francisco, estás muerto, Sui.

Robinson miró mejor los ojos femeninos que le contemplaban a través de los cristales de los lentes, y susurró:

—Son Hei, el anticuario de la calle Ho.

* * *

Flor de Loto empujó la puerta de la tienda de antigüedades, y oyó, al fondo, el sonido de una campanilla. Cerró la puerta, volviendo a oír el mismo sonido, y localizó el pequeño hueco que había al fondo de la tienda, oculto por una cortina que hacía de puerta. Luego, paseó la mirada por la tienda, que estaba abarrotada de objetos de arte chinos, asiáticos en general, y europeos; pero sobre todo, chinos: desde un juego de palillos para el cabello femenino hasta cuadros y jarrones de porcelana y tallas de jade y malaquita… Todo estaba encantadoramente limpio y bien dispuesto, y no cabía la menor duda que para un experto amante del arte visitar la tienda de

Son Hei debía de ser un auténtico recreo estético y espiritual.

La cortina se apartó, y apareció el anciano de larga y delgada barba amarillenta. Sobre su ancha y chata nariz cabalgaban unos diminutos espejuelos que sólo debía de utilizar para leer, pues miraba por encima de ellos a la visitante. Sus ojos, pequeños y vivos, parecieron obtener rápidas conclusiones sobre la mujerona.

—¿En qué puedo servirla? —se ofreció.

Se acercó a ella, caminando con exquisito cuidado por entre mesitas y soportes llenos de arte, cultura y sensibilidad de artistas sin duda extintos.

Vestía un traje oscuro y no demasiado bien cortado, pero ya muy adaptado a su viejo cuerpo un tanto encorvado. Llevaba descubierta la cabeza que ofrecía una cabellera de hermosura marchita.

Flor de Loto le sonrió amistosamente.

—¿Es usted Son Hei?

—En efecto.

—¿El Emperador de Chinatown?

El anciano chino parpadeó, como preparando los ojos para luego quedarse mirando fijamente a la mujer. Dejó de mirarla para dirigir su perspicaz mirada hacia el exterior a través de la puerta de cristales y el escaparate. Luego, volvió a mirar a la visitante.

—¿Viene usted sola? —preguntó.

—No.

—Ya. Por favor, venga adentro. Es más discreto.

Se dirigió hacia la cortina, y la apartó. Flor de Loto entró sin recelo alguno, recorrió un corto pasillo, y llegó a la vivienda del anciano chino, que era como un cuadro absolutamente exótico, casi una continuación de la tienda, pero en confortable. Había un diván tapizado con seda china azul cielo que maravilló realmente a Flor de Loto, especialmente por las rosas rojas bordadas en los laterales.

—Qué maravilla —murmuró—… Supongo que no está en venta.

—Me temo que no —le sonrió el chino—. Pero está permitido sentarse en él. ¿Le apetece una taza de té, o café…? ¿Quizá *whisky*?

Flor de Loto fue a sentarse en el centro del encantador diván, y miró fijamente al chino.

—Señor Hei, yo he venido aquí para que usted me diga dónde puedo encontrar al Mandarín.

—¿Para qué lo busca?

—Digamos que es una cuestión entre profesionales.

—¿Profesionales? Profesionales… ¿de qué?

—Del espionaje.

—El Mandarín no tiene nada que ver con el espionaje.

—Si nos entendemos bien usted y yo le facilitaré la suficiente información para convencerle de lo contrario.

—Si usted llama «entendernos bien» al hecho de que yo le facilite el modo de llegar hasta el Mandarín, olvídelo. Como máximo, puedo escucharla y hacer llegar a sus oídos que alguien pretende verlo.

—El Mandarín no es propiamente un espía, sino una persona que vive del espionaje; si es necesario, asesinando.

—Eso es mentira.

—Hace dos días, en Nueva York, un agente del espionaje de la Alemania Oriental llamado Heinrich Thomas, estaba esperando al Mandarín en los muelles. Un chino llamado Ho Ming lo mató a cuchilladas. Luego, Ho Ming fue asesinado a su vez por otro chino, llamado Kui, uno de los guardaespaldas asesinos del Mandarín.

—¿Cómo sabe usted todo eso?

—Hace tiempo que aprendí a hacer las preguntas correctas, del modo correcto, a las personas adecuadas.

—¿Quién es usted?

—Agente de la CIA.

El viejo chino volvió a parpadear. Se pasó una mano por la boca. Se sentó en una silla, por supuesto artística, frente a su visitante, a la que miraba con extraordinaria fijeza con sus ojos insólitamente vivaces.

—¿Usted pretende que yo confíe en una agente de la CIA?

—Dentro de poco, un agente del Lien Lo Pou será recogido en el aeropuerto de San Francisco por unos compañeros míos. Me avisarán por radio.

Flor de Loto palmeó el maletín que tenía sobre sus rodillas.

—Y si usted lo desea haremos venir aquí a ese agente del Lien Lo Pou para que le hable de mí y de lo que hizo el Mandarín hace años, en Europa. Eso, que se sepa. Sin duda ha cometido muchas otras tropelías que o bien han pasado desapercibidas o se han atribuido a agentes de otros servicios de espionaje. Y por supuesto,

señor Hei, si el Mandarín se ha movilizado después de unos años de… supuesta inactividad es porque está tramando algo.

—¿El qué?

—Eso es lo que me gustaría saber. Mire, conozco a los sujetos de la calaña de ese Mandarín, y sé que hacen cualquier cosa con tal de conseguir propósitos que las más de las veces son criminales y ególatras, manipulando y engañando a quien sea. En este caso, el Mandarín estaría engañando a todos los… ciudadanos de las Mil Chinas.

—¿Cómo sabe usted tantas cosas?

—Ya se lo he dicho: preguntando.

—Aquí hay un error —movió la cabeza Son Hei—… Todo lo que hacemos los ciudadanos de las Mil Chinas se reduce a actividades beneficiosas: culturales, sociales, recreativas… Nunca el Mandarín ha pasado consigna alguna que pueda considerarse peligrosa o deshonesta; los Emperadores estaríamos al corriente de ello, naturalmente.

—Yo no estoy discutiendo la buena fe de ustedes, los Emperadores, ni que su labor en actividades sociales, culturales y demás sean beneficiosas para los chinos de las Mil Chinas. Lo que le estoy diciendo es que, ADEMÁS, el Mandarín está consiguiendo otras cosas o tramando algo para cuyo logro no dudará en utilizar a todos los chinos de las Mil Chinas, aunque sea engañándolos.

—¿Qué puede estar tramando?

—No lo sé. ¿Cuántos chinos calcula usted que hay entre las Mil Chinas del Mandarín? ¿Tres millones?

—Será mejor que calcule usted diez millones, señora.

—Diez millones de sujetos manipulados… Mire, señor Hei, si usted no me dice dónde puedo encontrar cuanto antes al Mandarín me temo que nuestra entrevista va a terminar borrascosamente.

—¿Está amenazando a un anciano indefenso?

—No le haré daño a usted, pero puedo convertir su tienda en escombros. ¿Le gustaría ver eso?

—¡Eso sería peor que matarme! —exclamó el anciano.

—Lo suponía. ¿Dónde está el Mandarín?

—No contribuiré a tenderle una trampa. Usted iría allá acompañada de muchos hombres con la consigna de pulverizarlo, y esa posibilidad no se la va a facilitar ningún Emperador. ¿O quizá

ya ha habido una traición por parte de algún Emperador? Porque si usted sabe tanto es que alguien la ha informado, y tiene que haber sido alguien importante… ¿Quién ha sido?

—Usted es un astuto viejo chino, señor Hei —sonrió Flor de Loto —, pero yo soy una espía muy veterana, y no admito que me hagan preguntas cuando soy yo quien dirige la orquesta. Ya he sido suficientemente amable y paciente con usted, por su edad y porque he querido concederle el beneficio de la duda respecto a su complicidad en actos peligrosos con el Mandarín. La amabilidad y la conversación han terminado: ¿dónde está el Mandarín?

Son Hei pareció titubar, siempre mirando fijamente a su visitante.

De pronto, el anciano sonrió amplia y abiertamente, dejando ver el diamantífero brillo de su dentadura. En ese mismo instante hubo en la mente de Brigitte un tremendo caos: por una parte, aunque con un desfase de una milésima de segundo, comprendió que ante ella tenía al Mandarín en persona, y por otra parte, en ese mismo instante supo que había alguien tras ella…

Al instante siguiente, el cordón de seda pasaba ante sus ojos velozmente, y se hundía en su garganta sin excesiva presión, pero con firmeza, inmovilizándola. La diamantífera sonrisa del falso Son Hei pareció reflejar miles de luces de fantasía.

—Kui es un experto en estas cosas —dijo amablemente—, pero en ocasiones hace el trabajo de un modo que diríamos chapucero; eso suele suceder cuando la víctima se resiste, pues entonces, muchas veces, Kui tiene que apretar de cualquier manera, e incluso partirle el cuello… ¿Me concedería usted el placer de observar su poco agradable rostro mientras Kui la estrangule con buenos modales?

El Mandarín hizo un gesto, suficientemente expresivo a Kui, pero ni uno ni otro contaban con el enemigo, evidentemente considerando que de ninguna manera tenía probabilidad de resistir la mortal agresión del hercúleo Kui.

Por supuesto, se equivocaban, y, además, habían cometido el error de conceder a Flor de Loto unos segundos de respiro y de reacción.

En el mismo momento en que Kui se disponía a apretar realmente con la cuerda de seda, Brigitte pasaba su mano izquierda

hacia su nuca, es decir, por entre la mano izquierda de Kui y su cuello, y al mismo tiempo que se ponía en pie terminaba de pasar todo el brazo hacia arriba, en un gesto tan veloz que de repente Kui se encontró con que su mano izquierda se hallaba prácticamente apresada en la axila de la mujer.

No tuvo tiempo de nada más.

Flor de Loto apretó más, sujetando con increíble fuerza la mano izquierda de Kui con su axila, y al mismo tiempo se inclinaba con fuerza hacia delante y giraba todo su cuerpo hacia la derecha, en una torsión poderosísima. Kui gritó al ser arrancado de su posición, en la que tan seguro se había creído, y fue arrastrado hacia el suelo a una velocidad de muerte por la tracción del escalofriante makikomi de judo.

Pero él también tuvo suerte.

Flor de Loto la había tenido primero al sorprender a Kui por exceso de confianza de éste, y Kui la tuvo porque el suelo estaba revestido de una gruesa alfombra que en buena parte redujo los efectos del formidable batacazo que hizo crujir todo su cuerpo. No perdió el conocimiento, sino que persistió en su ataque, intentando en vano proceder a la estrangulación, pues ahora no apretaba el cuello de la espía, sino por encima de su clavícula derecha y sobre su seno izquierdo.

No podía estrangularla, cierto, pero la fuerza de Kui era tan espantosa que Brigitte tuvo la sensación, el electrizante temor de que de todos modos la iba a partir en dos, ambos caídos de costado, él por detrás de ella. Confusamente, mientras intentaba revolverse para dar frente al chino asesino, Brigitte vio al Mandarín dirigirse con pasito menudo y rápido hacia el fondo de la vivienda del anticuario, mientras decía unas palabras en su idioma que, sin duda, eran una exigencia para con Kui respecto a la muerte de la espía americana. Ésta comenzó a ver sombras negras ante sus ojos, pero al mismo tiempo su mano derecha llegaba por fin a la parte alta del muslo izquierdo, donde llevaba sujeta con esparadrapo la pistola de cachas de madreperla…

Terminando de apartar la ropa de la falda, Brigitte agarró la pistolita, la arrancó de un tirón, y disparó hacia atrás. Oyó junto a su oreja el «plof» del disparo, y detrás de ella el quejido animal de Kui y el impacto de la pequeña bala en el musculoso cuerpo.

Disparó de nuevo, la presión cedió un poco, y se apresuró a girar. Un grito de horror quedó ahogado en su garganta al ver a Kui con un ojo reventado, la cara llena de sangre, y el otro ojo destellando como una luz de odio y furia.

Ni se lo pensó: extendió el brazo y disparó de nuevo, metiendo la bala esta vez de lleno en el ojo de Kui, que reventó horrorosamente, frágil barrera para el pequeño plomo, que fue a alojarse en su criminal cerebro.

Todo terminó. Kui se relajó en el acto, y la espía americana se liberó de él, se colocó de manos y rodillas en el suelo, jadeando, y sacudió la cabeza, que le daba vueltas, mientras sus oídos estaban llenos de zumbidos como de una orquesta enloquecida. Volvió a sacudir la cabeza, divisó su maletín, y gateó hacia él, abriéndolo y sacando la pequeña radio, que accionó.

—¿Sí? —Oyó en el acto a Simón-San Francisco.

Brigitte quiso hablar, pero sólo emitió unos sonidos como de gatita afónica. Carraspeó fuertemente para intentar aclararse la voz.

—¿Baby? —Insistió Simón—. ¿Está usted ahí?

—Simón, se… se escapa, el… el. Mandarín, se…

—¿El Mandarín? ¡Vamos a entrar ahora mismo!

Brigitte no tuvo tiempo de decir nada más. Una mano grande y fuerte le arrebató la radio. Alzó la cabeza, y vio ante él a dos chinos parecidos al que acababa de matar: altos, fuertes, sólidos como montañas de marfil. Uno de ellos le había arrebatado la radio, y los dos le apuntaban a la cabeza con sus armas. Por detrás de ellos, divisó al Mandarín, que habló rápidamente en su idioma.

Uno de los chinos puso a Brigitte en pie de un tirón, y lanzó un bramido de dolor cuando, apenas de pie ante él, la espía le descargó un tremendo rodillazo en los testículos que prácticamente lo puso fuera de combate, cayendo de rodillas ante ella. Flor de Loto se inclinó rápidamente a recoger su pistola, y el otro chino se le acercó rápidamente y le descargó un golpe con la suya en la cabeza.

La señorita Brigitte Montfort, alias Baby, alias Flor de Loto, tuvo la sensación de que su cabeza estallaba como si fuese una bomba, y eso fue todo.

En la tienda se oían gritos y pisadas. El Mandarín dio unas veloces órdenes, y el chino que había recibido el rodillazo se puso en pie trabajosamente y se reunió con el otro, sujetando entre

ambos a Flor de Loto…

Cuando en la vivienda del anticuario Son Hei apareció Simón-San Francisco seguido de tres Simones más dispuestos a arrasar cielo y tierra, vieron a Flor de Loto colgando de los brazos de dos chinos que al mismo tiempo apoyaban las bocas de sus pistolas en la cabeza de la desvanecida espía.

—Por lo poco que he oído por la radio que ella ha utilizado, sé que es la agente Baby —dijo suavemente el Mandarín—… Si quieren que éste sea el fin de tan admirable y larga carrera profesional, muevan solamente un párpado.

Los Simones palidecieron, y quedaron inmóviles. El Mandarín sonrió, ofreciendo el insólito espectáculo diamantífero de su arrugada boca de anciano malicioso.

—Mis hombres y yo vamos a salir de aquí por donde hemos entrado, es decir, por la parte de atrás —dijo, siempre muy calmosamente—, y nos alejaremos esperamos que sin problemas…, porque si tenemos el menor contratiempo lo primero que haremos será volarle la cabeza a Baby.

Simón-San Francisco se pasó la lengua por los labios y murmuró:

—Tenemos toda la manzana rodeada… Déjeme llamar por la radio para que mis compañeros les permitan pasar, para que sepan muy bien cómo están las cosas.

—Me parece excelente —asintió el Mandarín, mostrando de nuevo sus dientes de diamante.

Simón-San Francisco recurrió a la radio, explicó rápidamente la situación, y dio las órdenes para que nadie se opusiera a la fuga de los tres chinos que tenían en su poder a Baby. Cuando terminó se quedó mirando al Mandarín, que le obsequió todavía con otra sonrisa y comenzó a retroceder hacia el fondo de la vivienda. Detrás de él lo hicieron sus guardaespaldas, siempre sosteniendo a Brigitte y colocándola ante ellos sin dejar de apuntarle a la cabeza con sus pistolas.

Los agentes de la CIA permanecieron inmóviles hasta que oyeron ruido tras ellos, momento en que se volvieron. Todavía estaban pálidos, igual que los otros dos agentes que aparecieron armas en mano.

—Se han marchado en un coche —dijo uno de los recién llegados—… Hemos tomado la matrícula.

—Maldita sea —dijo Simón II—… ¡No hemos debido permitirles que se la llevaran!

—Si hubiéramos intentado algo, ella estaría muerta ahora, eso es seguro —dijo Simón-San Francisco—. En cambio, salió de aquí viva, y mientras ella esté viva todo puede ocurrir. Si yo fuese el Mandarín no me las prometería demasiado felices teniendo una prisionera como Baby.

—Eso también es cierto —sonrió ceñudamente Simón I.

—Echemos un vistazo a este lugar.

—Pero… ¡no vamos a quedarnos aquí tan tranquilos mientras esos chinos tienen a Baby! —protestó Simón III.

—Ni estamos tan tranquilos, ni esos chinos tienen a Baby —le miró recuperando la serenidad Simón-San Francisco—… Desde el mismo momento en que ella recupere el conocimiento esos tres chinos estarán en peligro de muerte… A ver qué encontramos aquí.

Lo encontraron en un armario… Al abrir la puerta de éste, el viejo chino prácticamente les cayó encima. Era como una pequeña, delicada, frágil figurita de aspecto cerúleo cuyos pequeños ojos negros se hallaban casi desorbitados, casi fuera de su arrugado rostro que adquiría rápida frialdad. Uno de los espías le alzó la cabeza pasando un dedo bajo la barbilla, y todos pudieron ver en su garganta la profunda huella dejada por el cordón que lo había estrangulado. Ni siquiera necesitaron cambiar impresiones respecto a sus sospechas sobre quién había hecho aquello con el anciano: el hercúleo chino que yacía muerto en la salita, con los ojos reventados a balazos y con un cordón de seda enrollado en sus manos.

—Este pobre hombre debe de ser el anticuario Son Hei —murmuró Simón-San Francisco—… Traed a alguien de ahí fuera que pueda identificarlo.

Y decidle a la policía que se hagan cargo de esto, al menos visiblemente: nosotros tenemos que desaparecer cuanto antes.

—*Okay*.

No encontraron nada más digno de interés allá dentro. Mientras tanto, Simón III se puso de acuerdo con la policía que había acudido a la zona, al parecer llamada por algunos vecinos chinos que habían observado algo inquietante. Simón I entró con un joven chino que nada más ver al estrangulado anciano se abalanzó hacia él y lo

abrazó.

—Es su nieto —dijo Simón I—… Estaba ahí fuera gritando más que nadie y queriendo entrar a toda costa.

Simón-San Francisco iba a decir algo cuando apareció una vez más Simón II, excitado.

—¡Adivina quién quiere hablar con Baby por la radio! —exclamó—. Me han avisado a la radio del coche.

—¿Quién?

—Un agente del Lien Lo Pou que se ha presentado en el aeropuerto, se ha hecho cargo de la radio de bolsillo, y ha solicitado el contacto.

—Diles que lo lleven al garaje y que nos espere allí. —Simón-San Francisco dedicó de nuevo su atención al joven que abrazaba el patético cadáver del anticuario—. Me imagino —dijo secamente— que usted sabe perfectamente todo este asunto del Mandarín de las Mil Chinas, y que su abuelo era el Emperador de la China de San Francisco.

—Sí… Sí señor…

—Bueno. Pues el Mandarín se ha cargado al Emperador, ¿qué opina de esto?

—Es un maldito criminal —jadeó el joven—… ¡Hace tiempo que le decía a mi abuelo que terminara con todo este asunto!

—¿Debo entender que usted conoce la verdad de todo este tinglado?

—Claro que sí. ¡Y maldito sea si no hago todo lo que pueda para que el Mandarín desaparezca de la vida de todos los chinos…!

Capítulo V

—Tantos a años siendo usted una reina y ha ido a terminar sus días en las manos de un Mandarín —dijo éste, luciendo ufano su dentadura de un millón de dólares—… Supongo que esto le parece indigno de usted. ¡Si al menos la matase uno de los Emperadores…! Porque ya sabe que un Mandarín es… algo así como un… secretario, un… amanuense de confianza del Gran Señor, o sea, del Emperador. Y, sin embargo, ya ve, este Mandarín está manejando docenas y docenas de emperadores, El mundo al revés, señorita desconocida… Y para que deje de serlo, ¿será tan amable de decirme su nombre?

Brigitte viajaba en el asiento de atrás del coche, prensada entre sus dos atléticos, captores. Tenía las manos atadas una a la otra y colocadas sobre su regazo. Le habían arrancado prácticamente toda la ropa y le habían quitado la peluca rubia. Es decir que, salvo las lentillas de contacto de color verde que ocultaban el azul de sus ojos, su aspecto era lisa y llanamente el de Brigitte Montfort.

Delante de ella, otro chino hercúleo conducía el coche. Sentado junto a él, pero vuelto hacia el asiento de atrás, el Mandarín, que también se había desprovisto de trucos de disfraz, prescindiendo de la barbita y del maquillaje que había agrandado y ensanchado su nariz, ahora mucho más correcta. Su blanca cabellera seguía apareciendo impresionantemente hermosa.

—¿No quiere contestar? —Alzó las blancas y relamidas cejas el Mandarín—. Como guste, pero va a vivir tan poco que no tiene objeto conservar la incógnita. Además, creo que la conozco a usted… Sí, la conozco de algo, pero no consigo recordar…

Uno de los chinos sentados junto a Brigitte dijo algo, rió, y agarró con una mano uno de los casi desnudos pechos de Brigitte, apretándolo brutalmente. Brigitte dio un brinco en el asiento, palideciendo, y todos los chinos, incluido el Mandarín, rieron.

Pero su risa se les atragantó cuando, sin más, la espía americana volvió el rostro hacia el chino que la había lastimado y le golpeó con la frente justo sobre la ceja izquierda. El impacto sonó como algo seco que se rompe, y en el acto de la ceja del chino comenzó a brotar la sangre, por el corte producido por la frente de Brigitte. El chino se llevó una mano allí, dijo algo que debía de ser muy feo, y se dispuso a golpear a Baby con la pistola. Una orden del Mandarín lo detuvo, aunque visiblemente muy poco conforme.

Sacó un pañuelo y se lo colocó sobre la herida, mientras el Mandarín reía alborozadamente.

—Es usted una mujer con mucho temple, señorita, pero eso le durará muy poco, pues mis hombres la van a destrozar en cuanto lleguemos a destino… Aunque quizás usted y yo podríamos llegar a un acuerdo que le ahorraría sufrimientos y vejaciones sexuales, ya me comprende.

—¿Qué acuerdo?

—Yo me enteré de que algo estaba funcionando mal ya en París, de modo que preparé las cosas para que mi llegada a Nueva York no fuese… accidentada. Sin embargo, pese a que en París dejé las cosas bien solucionadas, y el traidor fue decapitado, a partir de mi llegada a Nueva York comencé a tener… no problemas, pero sí pequeñas inquietudes. Me di cuenta de que algo no estaba como las otras veces, había… algo extraño en el ambiente. De modo que decidí proseguir mi viaje a San Francisco, donde el Emperador local se comportaba últimamente de un modo poco… sumiso, por decirlo de alguna manera. Y cuando me disponía a visitarlo, me enteré de que aquí también estaban ocurriendo… pequeñas cosas inquietantes. Me olí que alguien andaba detrás de mis pasos, y me dije que fuese quien fuese sabía algo, lo suficiente, sin duda, para intentar localizarme por medio de mi Emperador local. De modo que me adelanté, puesto que ya tenía decidido silenciar a dicho emperador, y decidí ocupar su puesto a la espera de acontecimientos, convencido de que, salvo que fuese alguien que conociera al Emperador, yo podría engañarlo y decirle que era Son Hei… y enterarme de lo que ocurría. Pero usted fue demasiado reacia a contestar a mis preguntas, así que todavía no sé exactamente qué ha pasado y cómo ha conseguido usted conocer todo esto de los Emperadores y por qué vino precisamente a preguntarle cosas al

Emperador de San Francisco… ¿Tal vez porque sabía usted que yo venía precisamente a San Francisco?

—Tal vez.

—Eso solamente pudieron decírselo en Nueva York —se enturbió la expresión del Mandarín—… ¿Quién se lo dijo en Nueva York? Conteste solamente a esta pregunta y cumpliré mi pacto de eliminarla rápida y dulcemente, sin permitir que mis hombres la maltraten de ninguna manera.

—Nunca hago tratos con asesinos.

—¿Con asesinos? Vamos, vamos, señorita, yo sólo soy un humilde Mandarín que con su inteligencia mantiene unidas todas las pequeñas Chinas del Mundo…

—Ahórrese palabrería, viejo cretino —cortó la espía americana —: sé perfectamente que usted está tramando algo relacionado con el espionaje…, como ya tramó algo hace unos años, en Europa, cuando por culpa de su doble juego murieron siete agentes alemanes y siete albaneses.

—Está usted muy bien Informada.

—Más de lo que se piensa. Porque sé que lo que está tramando no es una cuestión de espionaje, sino utilizando el espionaje, como ya hizo entonces y sin duda habrá hecho otras veces impunemente. Pero eso se le va a terminar de todas maneras, porque ya he advertido al Lien Lo Pou.

Por un instante, el rostro del Mandarín expresó el más profundo y completo estupor.

Acto seguido, se transformó en una súbita y ferocísima mueca de rabia.

—¿De qué está hablando? —gritó—. ¿Qué le ha dicho de mí al Lien Lo Pou?

—Me parece —sonrió la espía americana— que acabo de fastidiarle por todo lo grande, y eso me alegra muchísimo.

—¿Qué ha dicho de mí al Lien Lo Pou? —exigió el Mandarín, todavía alterado—. ¿Con qué persona o sección del Lien Lo Pou ha hecho contacto?

—¿Persona o sección? —Parpadeó Baby—. ¿Qué quiere decir?

—¡Conteste a mi pregunta!

—No dirigí mi mensaje a ninguna persona ni sección determinada… Simplemente, advertí al Lien Lo Pou de que el

Mandarín estaba en Estados Unidos, y que mi impresión era que se trataba de alguien que mal usaba el nombre del Lien Lo Pou. Les dije que si no me daban pronto una explicación lo iba a matar, sin más.

Dentro del coche había un extraño ambiente, como de hielo. El Mandarín contemplaba con incredulidad inaudita a la espía americana.

—¿Usted… les dijo… todo eso a los del Lien Lo Pou? —jadeó.

—Sí.

—¿Y qué le han contestado?

—No lo sé. Usted ha impedido que atendiese ese asunto.

El chino que conducía el coche hizo un comentario, el Mandarín le contestó, y luego todos permanecieron de nuevo en silencio. San Francisco quedaba tras ellos, ahora subían por una silenciosa avenida sita en una de las colinas.

Había acacias, chalés de dos plantas, jardines bien cuidados. Prácticamente no se veía a nadie.

En la parte más alta de la colina el coche se detuvo. Hubo un breve cambio de impresiones entre el conductor y uno de los chinos que iban sentados junto a Brigitte, y la marcha se reanudó. El coche volvió a detenerse apenas medio minuto más tarde ante la entrada a una hermosa quinta de frondoso jardín con mimosas, protegido por unas verjas que fueron abiertas enseguida por un hombre que apareció de súbito. El coche entró, se deslizó por un corto sendero, y se detuvo final y definitivamente frente a la casa, de dos plantas, amplia, rodeada de jardín floral. Había allí la suficiente luz de faroles estratégicamente distribuidos como para que se pudiera ver el aspecto de casa de revista de hogares americanos con máximo confort y detalles de adorno.

—¿Quién vive aquí? —Se interesó Brigitte—. ¿Mary Poppins?

El chino que antes había recibido su cabezazo que le había partido una ceja se vengó cumplidamente: aplicó a Brigitte un tremendo puñetazo en pleno vientre que casi privó del conocimiento a la espía. La sacaron del coche a empujones y golpes, y fue introducida en la casa y llevada a la sala que había a la izquierda del amplio vestíbulo, donde la tiraron en un sillón.

Desde aquí, todavía con la mirada un poco turbia, Flor de Loto se quedó mirando al hombre de raza blanca que a su vez la

contemplaba, con, expresión de pasmo y susto a la vez. Estaba de pie junto a un bar arrinconado, y con un vaso de *whisky* en la mano.

—Pero… ¿qué hace ella aquí? —exclamó de pronto el hombre. El Mandarín y los otros chinos lo miraron vivamente.

—¿La conoces? —inquirió el Mandarín.

—¿Que si la conozco? ¡La conoce todo el mundo! ¡Es la periodista Brigitte Montfort!

El Mandarín miró Brigitte, se mordió los labios con sus diamantes dentales, y asintió.

—Ya decía yo que la conocía… Claro. ¡La periodista…! Bueno, Crable, ella es además una espía, una agente que hace muchos años trabaja siempre con éxito para la CIA: la llaman Baby.

El apuesto sujeto llamado Crable palideció.

—Oh, no —gimió.

El Mandarín movió la cabeza con gesto de pesar.

—Ya sé que nos hemos metido en un lío, pero las cosas no siempre salen como se planean. Ya tuve contratiempos en París, y además está claro que tenemos un traidor en Nueva York. Pero ya solucionaremos todo esto…

¿Tienes el resguardo del último ingreso en el Fondo Imperial?

—Desde luego.

Crable sacó de un bolsillo interior de su chaqueta un sobre que tendió al Mandarín. Éste lo abrió, contempló el documento, asintió, y lo regresó al sobre y se guardó éste. Miró de nuevo a Crable.

—Esta vez no tengo tiempo para quedarme aquí ni siquiera unas horas. No sólo están las complicaciones originadas por la traición en París, sino que esta maldita ha informado al Lien Lo Pou de que el Mandarín está operando en Estados Unidos. Esto va a dar lugar a una reacción o reacciones de lo más imprevisibles en Pekín, y para cuando tomen decisiones quiero estar a salvo… ¿Puedo disponer de tu helicóptero?

—No lo tengo en casa, lo están revisando…

—¡No me digas que además tienes el helicóptero averiado!

—No, no… Es un repaso periódico. Puedo llamar por teléfono y pedir que lo traigan inmediatamente.

—Hazlo —suspiró el Mandarín—. Y asegúrate de que se disponen a traerlo inmediatamente.

Crable se dirigió hacia el teléfono, y el Mandarín se sentó en un

sillón situado frente al que ocupaba Brigitte, que contempló con curiosidad al viejo chino, cuya preocupación era evidente.

Crable estaba dando instrucciones por teléfono, por fin quedó satisfecho, y colgó.

—Lo tendremos aquí dentro de diez minutos —dijo—. Lo habrían traído mañana por la mañana, pero puesto que lo necesito ahora… Ya habían terminado de revisarlo esta tarde. ¿Queréis tomar alguna cosa, algo de beber, o de comer?

—Tal vez sería conveniente que nos preparéis algo para el viaje —dijo el Mandarín—… ¿Hay alguien más en la casa?

—No —negó Crable—. Ya sabes que cuando vienes doy fiesta a todos los criados excepto Hugh y Randolph, que son de absoluta confianza.

—De acuerdo. Sí, que nos preparen algo de comida para llevarnos. Ve a la cocina con ellos para ayudarlos, Tong. Y vosotros dos, Pei y Fang echad un vistazo por ahí fuera, y estad atentos a la llegada del helicóptero.

—¿Y ella? —señaló hoscamente a Brigitte el todavía enfadado Pei, cuya ceja no dejaba de sangrar.

—No os preocupéis por ella. —El Mandarín sacó de un bolsillo la pequeña pistola de cachas de madreperla arrebatada a la propia Brigitte—… Crable y yo nos bastamos para controlarla. Además, está atada.

Fang y Peí salieron en pos de su compañero Tong, que caminaba hacia la cocina en pos de Randolph y Hugh. En un instante en la lujosa sala quedaron solamente Brigitte, el Mandarín, y el preocupadísimo Crable.

—¿Y qué pinta usted en todo esto, si no es chino? —preguntó de pronto Baby.

—Ocúpese de sus asuntos —gruñó Crable.

—Eso estoy haciendo —sonrió la divina espía—: soy una espía, y por tanto tengo que espiar, enterarme de todo cuanto pueda. ¿Qué es eso del Fondo Imperial?

—Ya que es tan lista —replicó con sarcasmo Crable—, adivínelo.

—¿Y no preferiría que le contara un cuento chino? —Sonrió de nuevo Brigitte—. Le gustará, ya verá. El cuento se titula El Mandarín de las Mil Chinas, y trata de un viejo canallita embaucador de chinos en todo el mundo. Experto en tocar las fibras

más sensibles del ser humano, el malvado Mandarín se inventó las Mil Chinas, es decir, un truco para que todos los chinos residentes fuera de China, que son muchísimos, se sintieran motivados, se sintieran nostálgicos de la Gran Madre China, y para ello les proporcionaba incentivos diversos, de tal modo que consiguió que en todas las ciudades importantes del mundo los chinos se sintieran cada vez más unidos entre sí, formando una pequeña China dentro de la ciudad donde residían. Y así, llegó el día en que el Mandarín tenía bajo su… dirección a las Mil Chinas, de las que, posiblemente, pensó nombrarse él mismo Emperador, pero recapacitó, y le pareció excesivo, así que fue nombrando emperadores locales, lo cual le hizo simpático en todas las Chinas. Pero, claro, como en definitiva él tenía que dirigir a su vez a esos emperadores, pensó en nombrarse Gran Padre de Todos los Emperadores. Le pareció excesivo también, y de pronto, tuvo la gran idea: él sería el Mandarín de las Mil Chinas, o sea, algo así como un… secretario de todos los Emperadores de las Mil Chinas. Esto era más modesto y comprensible para la gran masa china repartida entre las Mil Chinas. Y así, con tan modesto nombre, el Mandarín de las Mil Chinas inició la operación Fondo Imperial, que consistía en que todas las Chinas debían anualmente entregar determinada cantidad para el Fondo Imperial. Pero claro, no iba a ir el pobre Mandarín cada año de China en China, así que organizó las cosas de tal manera que en cada país había alguien que recogía el Fondo Imperial de todas las Chinas de ese país y lo depositaba en determinado banco de Suiza, quizá Brasil, o Inglaterra… Eso poco importa. Más aún: posiblemente, en cada continente había un Gran Recaudador que recogía todos los fondos reunidos por todos los países, hacía con todo ello un solo depósito, y cuando pasaba el Mandarín se lo entregaba. Y así, cada año, el Mandarín visitaba los continentes, recogía los resguardos de los depósitos efectuados para el Fondo Imperial, y se volvía muy contento a su escondrijo habitual. Y de este modo, el Mandarín fue acumulando una riqueza enorme, enorme, ENORME, que, en muy diminuta parte era la contribución de todos los chinos de las Mil Chinas para un Fondo Imperial que, teóricamente, algún día, cuando se hubiera reunido una fortuna, sería entregada por el Mandarín a la China de verdad, es decir, a los dirigentes de la Gran Madre China que está en Asia,

es decir, la única China. Sin embargo, además de las contribuciones de los buenos chinos de las Mil Chinas, el Fondo Imperial se veía MUY INCREMENTADO por cantidades conseguidas por canalladas diversas de los canallitas cómplices del Mandarín que estaba utilizando las Mil Chinas como grupos de poder para cometer diversas tropelías: asesinatos, contrabando de drogas, atracos, sobornos, quizá trata de mujeres y/o de hombres, y, en fin, toda una larga serie de canalladas y actos criminales diversos, todo ello de baja estofa, porque, claro, el Mandarín no podía de ninguna manera pretender realizar labores de espionaje por ese procedimiento, ya que el espionaje es… más delicado, más sutil, requiere una especialización muy concreta, y una pequeña indiscreción puede estropear la labor de muchos años. No, no, no, nada de espionaje utilizando a los chinos de las Mil Chinas: sólo granujería y criminalidad vulgar y corriente. Así que, apoyado en cada país por un personaje adecuado, que no tenía por qué ser chino, sino que incluso era mejor que fuese del país para tener más facilidad de movimientos y de negociaciones, el Mandarín fue acumulando una fortuna enorme, enorme, ENORME, y fomentando, secundado por granujas chinos y poco sensibles y por autóctonos que a cambio de dinero venderían a su propia madre, una delincuencia soterrada y cada vez más productiva, de la que posiblemente, los Emperadores de las Mil Chinas terminaban por darse cuenta. Pero entonces, cuando protestaban, cuando decían que en su China había chinos malos que hacían cosas malas, venía el Mandarín y les decía que si no se callaban y se limitaban a decirles cosas bonitas a los chinos buenos, honestos y de buena fe, los chinos malos los iban a matar a todos, así que más les valía seguir diciéndoles cosas bonitas a los chinos buenos de su China y desentenderse de las cosas malas que hacían los chinos malos de su China. Y así, poco a poco, año tras año, el Mandarín de las Mil Chinas fue recibiendo los depósitos de dinero para el Fondo Imperial, que iba creciendo, creciendo, CRECIENDO…, convirtiéndose pronto en una fortuna INCALCULABLE. Pero… ¿realmente pensaba el Mandarín de las Mil Chinas entregar esta fortuna a la Gran Madre China de Asia cuando la cantidad alcanzada fuese digna de la Gran China? ¿Realmente? ¿Hay alguien tan absolutamente tonto que pueda creerse eso?

Crable, que estaba fascinado escuchando a la espía, murmuró:

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir, señor mío, que el Mandarín de las Mil Chinas de mi cuento de ninguna manera pensaba entregar esa fortuna ni a China ni a nadie.

—¿O sea… que la quería para él mismo, quería quedársela, disfrutarla él, engañando así a todos les chinos, buenos y malos, de las Mil Chinas?

—Algo parecido —sonrió Flor de Loto—… Verá usted, señor Crable, el Mandarín de mi cuento era tan viejecito que realmente necesitaba poco para vivir: un poco de agua, calor del sol, comidas ligeras, pocas horas de sueño…

Es curioso que cuando mayores nos hacemos menores son nuestras necesidades. Tal parece que debería ser al revés, o sea, que a medida que el cuerpo es menos fuerte precisara ingerir más energías… Pero no. Cuanto más viejecito, menos necesidades se tienen. Así que… ¿para qué podía querer el Mandarín de las Mil Chinas una fortuna tan absolutamente ENORME?

—¿Para qué? —Apremió Crable—. ¿Para qué? ¡Demonios, dígalo ya!

—Le recuerdo que es sólo un cuento.

—¡Déjese de tonterías! ¿Para qué quiere… o quería el Mandarín de su cuento la enorme fortuna que significaba el Fondo Imperial?

—Para la única cosa que puede interesar a una edad avanzada, señor Crable: el poder y la gloria. El verdadero poder, la verdadera gloria. Piense un poco: si usted fuese un viejo chino que para vivir sólo necesitase al día un puñado de arroz y el calor del sol, y en cambio estuviese reuniendo una fortuna ENORME que le ayudase a conseguir la gloria y al poder…, ¿de qué modo cree usted que la resultaría más plausible conseguir ese poder y esa gloria?

—No lo sé… ¡No lo sé!

—Pues es muy sencillo, señor Crable: siendo el verdadero Mandarín de la Única y Verdadera China.

—¿Qué?

Crable había quedado atónito. Brigitte dejó de mirarlo conmiserativamente, y miró al Mandarín, que la contemplaba a su vez con ojos que parecían haberse inundado de un intenso fuego negro y horriblemente resplandeciente.

—Aunque es claro —deslizó suavemente Baby—, ahora no encaja eso de Mandarín, y ni siquiera de Emperador, de modo que el Mandarín de mi cuento tendría que conseguir el puesto de Presidente de China. Y ése es el puesto en el que le colocarían con paciencia y astucia sus amigos de Pekín a los que durante muchos años habría estado sobornando y ayudando con la fabulosa fortuna del Fondo Imperial. El poder y la gloria: ya viejecito, desdentado y frágil, pero ambicioso, dirigir la Gran Madre China. De payaso con dientes de diamante a dirigente del país más poblado del mundo. De la nada al todo. De trapisondista criminal a cabeza visible de todos los chinos.

—Pero eso es una barbaridad —jadeó Crable—. Una cosa así no se consigue tan fácilmente…

—¿Fácilmente? —Alzó las cejas Brigitte—. Yo no diría que la labor del Mandarín de mi cuento durante tantos años haya sido fácil, señor Crable. Ha requerido mucha paciencia, mucho trabajo, mucha inteligencia… ¿No está de acuerdo, Mandarín de las Mil Chinas?

El Mandarín, que miraba fijamente a Brigitte, sonrió de pronto, llenando de destellos diamantíferos el salón. De repente miró a Crable, le apuntó a la cabeza con la pistola de Brigitte, y disparó.

Plof.

La bala acertó a Crable en un lado de la frente, se alojó en su cerebro, y lo derribó de espaldas sobre la alfombra, muerto en el acto. El Mandarín regresó inmediatamente su atención a la espía americana, pero ésta ya no estaba donde la había visto un instante antes, pues sabía que la conversación había terminado…

El Mandarín lanzó un grito cuando vio a Flor de Loto asiendo con las atadas manos el atizador del fuego de la chimenea, que alzó por encima de su cabeza. El viejo chino se apresuró a disparar…, pero se apresuró demasiado, y la bala pasó cerca de la cabeza de Brigitte, emitiendo un seco y breve crujido, mientras ella lanzaba con toda su fuerza el atizador del fuego contra el Mandarín de las Mil Chinas…, que volvió a gritar, intentó esquivar el hierro dirigido hacia su cabeza, y al retroceder tropezó y cayó sentado, perdiendo la pistola. El hierro pasó por encima de él con una fuerza terrible, emitiendo un silbido escalofriante, y fue a golpear fuertemente en la pared.

La mirada de Baby fue hacia la pistola caída sobre la alfombra, y lo mismo la del Mandarín, que gritó una vez más al verla tan cerca de él. Inició el gesto para recuperarla, pero quizá no lo habría conseguido si Brigitte no hubiera optado por la fuga al oír las veloces pisadas de alguien acercándose al salón por el vestíbulo, preguntando excitadamente algo en chino…

En el momento en que Tong aparecía en el salón y el Mandarín terminaba de recuperar la pistola, la señorita Montfort llegaba corriendo ante la salida al jardín, cuya cristalera estaba cerrada. Pero eso no detuvo a la espía, que se colocó los brazos juntos ante el rostro y arremetió contra la cristalera en un salto pasmoso.

Los cristales reventaron con un estampido fortísimo, y Flor de Loto pasó entre ellos llevándoselo todo por delante y dejando en el aire salpicaduras de sangre de un par de cortes en sus manos. Por detrás de ella sonaron los disparos efectuados por Tong y el Mandarín, pero una fracción de segundo tarde para acertar a la velocísima espía, que apareció en el exterior, rodó por el suelo, se puso en pie, y echó a correr hacia unos arbustos.

Casi enseguida, en la salida a la terraza, oyó las voces de Tong, por supuesto avisando a sus compañeros Fang y Pei de lo que ocurría. Brigitte llegó a los arbustos, se metió entre ellos de un salto, y quedó inmóvil, procurando reprimir su agitada respiración. Oía las voces de los chinos, incluida la del Mandarín de las Mil Chinas, que estaba dando órdenes. La agitación de Brigitte aumentó cuando, al apartar un poco los arbustos, vio al Mandarín señalando precisamente hacia allí. Tong también miró, y corrió hacia los arbustos. Por un instante, Baby estuvo a punto de dar la vuelta y abandonar aquel escondrijo, proseguir la fuga como fuese y por donde fuese. Pero, de repente, se serenó, recuperó su personalidad y su serenidad que la habían convertido en la mejor espía del mundo.

¿Qué era lo último que podía esperar Tong mientras corría hacia los arbustos? La respuesta era simple: que ella, que si estaba allí tenía que estar viéndolo, lo esperase. Lo normal sería precisamente que ella lo viese venir y prosiguiera la fuga…

De modo que Baby se quedó, alzó los brazos, y esperó.

De este modo, cuando Tong apartó los arbustos para introducirse entre ellos en busca de la fugitiva, se la encontró ante él.

Y eso fue todo. Punto final para su vida.

Las dos manos de la espía americana golpearon de arriba a abajo en una línea ligeramente diagonal de derecha a izquierda. Tong recibió el tremendo impacto de las dos manos en la sien izquierda, que reventó y se colapsó.

Tong cayó de lado muerto en el acto, y la espía americana se inclinó y recogió su pistola.

En aquel mismo instante comenzó a oír la llegada del helicóptero.

Capítulo VI

El helicóptero apareció a los pocos segundos, descendiendo hacia la zona frontal de la casa, que era el mayor espacio abierto en la villa. Brigitte se dispuso a salir de entre los arbustos, pero, apenas había asomado la cabeza, oyó muy cerca de ella el amortiguado chasquido de un disparo con silenciador, y una bala pasó perforando con seco crujido el aire muy cerca de su cuerpo. De un salto, la espía volvió a esconderse entre los arbustos, mientras oía los gritos del chino que había disparado.

También oyó la aguda voz casi histérica del Mandarín de las Mil Chinas, y acto seguido el mismo chino de antes disparó varias veces hacia los arbustos. Dejó de hacerlo de pronto, y llamó a Tong repetidamente. Frente a la casa, el helicóptero se había posado ya, y su rumor llegaba apagado hacia la zona donde Brigitte y un solo chino sostenían la situación, cada uno sabiendo que el otro estaba allí, pero sin poder verlo lo suficientemente bien ni tenerlo al alcance de sus disparos.

—¡Te van a dejar aquí! —Gritó de pronto Brigitte—. ¡Ellos se van, y te dejan aquí para que no me permitas atacarlos mientras despegan!

Oyó un grito de rabia, y dos o tres disparos más. La idea de que el chino había terminado el cargador de su pistola pasó por la mente de Brigitte, pero también pasó la que le advertía prudentemente que el chino podía tener otro o varios cargadores más…

El helicóptero apareció acercándose a la restringida área de combate sólo para dos combatientes. Brigitte ni se movió, pero el chino sí lo hizo, poniéndose en pie de entre las sombras del suelo y echando a correr hacia el helicóptero, que volaba muy bajo. El chino se guardó la pistola, saltó, y sus manos se asieron al borde del hueco de la portezuela. Inmediatamente, el helicóptero comenzó a

tomar altura.

La agente Baby apuntó fría y serenamente hacia el chino que colgaba balanceándose para darse impulso y entrar en el aparato. Plop, sonó el chasquido de la pistola de Tong… Se oyó el grito del chino suspendido en el aire, una de sus manos se soltó, su cuerpo efectuó un fuerte balanceo…, y se precipitó hacia el suelo, desde una altura ya superior a los quince metros. Brigitte comenzó a disparar contra el helicóptero, pero éste se elevó cada vez más y más de prisa, evidentemente sin sufrir desperfectos. De pronto, por el hueco de la portezuela apareció un bulto que cayó velozmente al suelo, mientras el helicóptero seguía alejándose…

La espía cerró los ojos, y permaneció así unos segundos. Cuando los abrió, ya no se oía el rumor del helicóptero.

Cinco minutos más tarde, Brigitte había comprobado la escabechina realizada en pocos minutos en la casa del sujeto llamado Norman Crable, y sobre el cual, ciertamente, la CIA iniciaría unas profundas investigaciones. En la cocina, donde encontró los cadáveres de Randolph y Hugh, Brigitte cortó con un cuchillo hábilmente manejado las cuerdas que sujetaban sus manos, y pensó en la conveniencia de utilizar el teléfono para pedir ayuda, solicitar personal que se hiciera cargo de la posición, de los cadáveres de Crable y sus criados, del de Tong, el de Pei (que se había reventado contra el suelo al caer desde el helicóptero), y el del infortunado sujeto que había llevado hasta allí el helicóptero de Crable y que también se había reventado contra el suelo tras ser arrojado fuera del aparato.

Cuando estaba a punto de llamar por teléfono como recurso de excepción, llegaron los dos automóviles con agentes de la CIA, a los que Brigitte identificó asomándose rápidamente por una ventana. Esto sí que era sorprendente: ¿cómo habían conseguido sus Simones localizar aquella casa, cómo habían sabido que el Mandarín podía estar allí con su prisionera…?

—Nos lo dijo el hombre del Lien Lo Pou —explicó Simón-San Francisco pocos segundos después, cuando Brigitte acudió a su encuentro advirtiendo que no había peligro alguno—… Acudió a la cita que usted solicitó al Lien Lo Pou. Su nombre es Tsou.

Señaló al chino que había junto a él. Alto, de unos treinta y cinco años, atlético, de porte distinguido… La espía americana

sonrió ceñudamente: ni siquiera había tenido tiempo de recoger del coche del Mandarín la peluca para cambiar al máximo posible su aspecto. Por fortuna, fuera de la casa la iluminación no era tan buena como en el interior, lógicamente.

—Muy bien, señor Tsou —saludó amablemente Baby—... ¿Le importa esperar un par de minutos en la casa? Enseguida me reúno con usted para una larga conversación.

Acompañado de dos agentes de la CIA el atlético Tsou entró en la casa. Brigitte fue al coche del Mandarín, recuperó su peluca, y se la puso, observada por Simón-San Francisco, que comentó:

—Está usted sucia de sangre y casi desnuda.

—Solucionaremos eso: mientras ustedes echan un vistazo por la casa, yo me bañaré y buscaré ropa que ponerme.

Quince minutos más tarde Baby aparecía en el salón, vestida de hombre, y con algunas tiras de esparadrapo protegiendo los cortes de sus manos y uno diminuto en un lado de la frente. Su aspecto era en verdad chocante, vestida de hombre y con aquella peluca rubia.

Se sentó frente a Tsou, que la contemplaba con expresión inescrutable.

—Me dicen mis compañeros, señor Tsou, que está usted desconcertado por las decisiones y comportamiento del Lien Lo Pon. Si no he entendido mal, recibió usted dos órdenes diferentes procedentes de Pekín y por diferentes conductos. Una orden le indicaba que debía presentarse en el aeropuerto de San Francisco para hacer contacto conmigo. La otra orden era que viniera usted precisamente a esta casa propiedad de Crable y que se pusiera a disposición de un viejo chino llamado Hui Tsi Mao, a fin de ayudarle en todo cuanto fuese necesario y hasta las últimas consecuencias. ¿Es esto correcto?

—Sí.

—¿Y no encuentra usted explicación a estas dos órdenes diferentes pero evidentemente ambas procedentes del Lien Lo Pou?

—No, no les encuentro explicación alguna. No tienen sentido..., pero pensé que si en el asunto intervenía Baby valía la pena tomar una decisión... y decidí cumplir la orden que me indicaba que fuese al aeropuerto. Allí, sus compañeros me recogieron. Y cuando me explicaron lo ocurrido decidimos cumplir mi segunda orden, por si había puntos de coincidencia.

—El viejo chino llamado Hui Tsi Mao es el Mandarín de las Mil Chinas, y los dirigentes del Lien Lo Pou que le enviaron a usted la orden de que viniera a esta casa son cómplices suyos directamente y traidores al Lien Lo Pou y, por extensión, a China.

Tsou quedó estupefacto, al igual que los agentes de la CIA que asistían a la conversación.

—Usted… tiene que estar equivocada —murmuró Tsou.

—No. Cuando le dije al Mandarín que había enviado un informe sobre sus actividades al Lien Lo Pou quiso saber con qué persona o sección me había puesto yo en contacto. ¿Comprende lo que significa esto?

—Temo que sí, pero prefiero que me lo explique usted.

—Está claro que si mi contacto con el Lien Lo Pou hubiera sido con determinadas personas o determinada Sección, el Mandarín no se habría preocupado, y esto, obviamente, significa que una sección o más personas del Lien Lo Pou están a su servicio. También debe de haber muchos oros chinos de altos cargos e influyentes posiciones políticas y económicas al servicio del Mandarín, que está tejiendo una red de poderosos servidores fieles que le ayuden, dentro de poco, a convertirse en el Mandarín de la China. De la China de verdad, señor Tsou.

El rostro de éste se había desencajado.

—Eso es imposible —jadeó—… ¡Imposible! La espía americana sonrió amablemente.

—Le voy a contar a usted el cuento del Mandarín de las Mil Chinas y su fabuloso Fondo Imperial. Verá usted, hace muchos años, en China, nació un viejo chino que…

—¿Nació viejo? —inquirió Simón III.

—Pues sí —sonrió de nuevo Brigitte—, nació viejo y nació malvado, pero sobre todo nació ambicioso, así que en cuanto tuvo edad suficiente ya decidió nombrarse, por el momento, Mandarín de las Mil Chinas, a la espera de ser algún día el nuevo Gran Emperador del Nuevo Celeste Imperio…

Cuando Brigitte terminó el cuento chino su colega Tsou estaba lívido y sudoroso, y se había pasado ya varias veces un blanco pañuelo por el rostro y cuello.

Era el único que no había probado bocado de la rápida cena fría improvisada por un par de Simones.

—No sé si usted se da cuenta —murmuró por fin— de lo que eso significa.

—Dígamelo usted —propuso Baby.

—Es la más gran revuelta interior y silenciosa de la historia de China para poner a un hombre en el poder. Un poder que en muy buena parte está YA en manos de los personajes que han ido recibiendo parte de ese Fondo Imperial durante todos estos treinta años últimos. ¡Por los cielos, eso es una desgracia para China y puede convertirse en una hecatombe mundial!

—Mucho me temo que esté usted en lo cierto, señor Tsou. Y creo que deberíamos evitarlo.

—Sí… Bueno, usted… acaba de prestar un grandioso servicio a China…, y no lo comprendo.

—¿Qué es lo que no comprende usted?

—Acabo de decirlo: usted siempre ha sido enemiga de China…

—Pero… ¿de qué está usted hablando? —Se pasmó Brigitte—. ¿De dónde saca usted que yo soy enemiga de China? ¡En mi vida he oído disparate semejante! Yo no soy enemiga de nadie, señor Tsou, pero, al igual que usted, lucho en favor de los beneficios de mi país…, aunque a veces no esté de acuerdo con algunas cosas. Pero… ¿yo enemiga de China? Digamos que me he enfrentado a chinos con los que no he estado de acuerdo, pero no soy enemiga de China. Ahora mismo, si pudiera, usted le cortaría la cabeza al Mandarín, ¿no es cierto? ¿Y significaría eso que usted es enemigo de China, porque se enfrente y decapite a un chino?

Tsou se pasó la lengua por los labios, mientras captaba perfectamente las miradas entre duras y sarcásticas de los agentes de la CIA.

—Tengo… tengo que avisar de todo esto a Pekín… ¡Tengo que salir inmediatamente hacia Pekín! —Casi gritó.

—Me parece muy bien —asintió Baby—. Buen viaje, señor Tsou.

—Pe-pero no puedo… marcharme ahora… ¡Tengo que encontrar a Hui Tsi Mao y… y…!

—Deje al Mandarín de mi cuenta.

—Pero yo puedo ayudarla a localizarlo…

—No, gracias. Mire, si usted recurre ahora al Lien Lo Pou los personajes de este organismo al servicio del Mandarín se pondrán sobre aviso, y eso podría significar un grave peligro, pues quizá

reaccionasen de modo… agresivo. Es mejor que vaya usted sigilosamente a Pekín, acceda directamente a la más alta dirección del Lien Lo Pou, y explique el asunto solamente entonces.

—Sí, comprendo… Pero si mientras tanto, pese a todo, el Mandarín logra escapar de Estados Unidos…

—No —rechazó Brigitte—. Él sabe que no puede escapar, con un simple helicóptero. Y todavía menos si pretende tomar el avión, el tren o el barco.

De modo que permanecerá en Estados Unidos, pero, claro, no pacíficamente, sino buscando el modo de causar daños y de escapar. Estoy bien segura de que el Mandarín llevará a cabo algún plan pensado para propiciar su fuga. Y ese plan no puede ser más que una más de sus perversiones. Perversión que, claro está, no le voy a permitir que ponga en práctica.

—No podrá impedírselo… ¡No podrá localizarlo en un país tan grande!

—¿Localizarlo? —Se pasmó la espía americana—. Mire usted, señor Tsou, simplemente, cuando el Mandarín llegue a su destino yo le estaré esperando, ya que mientras él viaja en helicóptero yo voy a viajar en un reactor de la CIA.

* * *

El Emperador de la China de Nueva York se llamaba Edgar Wai, tenía casi setenta años, y era asesor financiero, trabajo que atendía en unas amplias oficinas situadas en la planta baja del edificio donde tenía su domicilio. Fue aquí, en su domicilio privado, donde aquella mañana, antes de que hubieran sonado las siete en al reloj de pie de la salita, recibió la visita de la muchacha rubia de ojos verdes que lo dejó atónito. Desgreñados sus blancos y tiesos cabellos, en pijama y encima una bata, el señor Wai parecía una venerable figura de cera en el hueco de la puerta que acababa de abrir.

—Lamento haberle despertado —sonrió la visitante—, pero es preciso que usted y yo conversemos, Emperador.

—¿Qué? —musitó Edgar Wai.

—He venido en busca del Emperador de la China de Nueva York, y sé que es usted. Señor Wai, no tenemos tiempo que perder:

en estos momentos el Mandarín de las Mil Chinas se está acercando a Nueva York… Puede que tarde sólo unas horas, o puede que tarde algunos días, pero le aseguro que viene dispuesto a dos cosas: una, asesinarlo a usted; dos, causar mucho daño a Estados Unidos, y concretamente a Nueva York por ser mi ciudad, y donde yo conseguí la pista que me ha permitido localizarlo en San Francisco. ¿Me comprende usted?

—No —movió la cabeza el anciano—, pero pase, explíquemelo un poco más despacio, y si hay algo que entender lo entenderé.

Capítulo VII

La puerta de su despacho se abrió, y Edgar Wai alzó la mirada hacia el visitante. Lo reconoció en el acto, y se puso en pie, lentamente, con una expresión indefinible en su rostro enjuto. Tras el visitante, vio por un momento el trasiego de sus empleados en las oficinas que atendían en general al público, casi todos de raza china, que acudía a pedir consejo para invertir sus ahorros.

El visitante cerró la puerta, y dijo, con tono entre festivo y amenazador:

—Buenas tardes, Wai.

—Buenas tardes, Mandarín. ¿Resolvió ya los asuntos en San Francisco?

—Parte de ellos —Hui Tsi Mao, el Mandarín, se acercó lentamente a la mesa de Wai, y se sentó en uno de los sillones que había enfrente; Wai también se sentó—… Aunque la verdad es que pude hacer muy poca cosa, pues fui traicionado.

—¿Traicionado? —Susurró Wai—. ¿En qué sentido, por quién…?

—Fui delatado por ti. Informaste a alguien de que el Emperador de San Francisco era Son Hei, y fueron a buscarme allí, a su tienda de antigüedades. Pasé muy malos momentos en San Francisco, y la fuga no fue nada fácil… Para llegar aquí he necesitado tres días y mucha ayuda…, pero he llegado.

—Lo cual celebro. Y yo no le traicioné.

—¿No fuiste tú quien informó a alguien de que el nombre del Emperador de San Francisco era Son Hei?

—No.

—Tuviste que ser tú… o alguien de Nueva York. Y si no fuiste tú, y realmente me sigues siendo fiel, me ayudarás a encontrar a ese traidor.

Edgar Wai estuvo unos segundos mirando fijamente al

Mandarín, y luego miró hacia la ventara que daba a la calle, protegida por una artística cortina. Aunque más protección ofrecía el cristal de la ventana, que era antibalas.

—He sabido —murmuró Wai— que Son Hei fue estrangulado en su tienda, y todo parece indicar que podría haber sido Kui el autor del crimen. Tal vez fue el propio Kui quien le traicionó, además de matar a Hei.

—Kui mató a Hei ante mi presencia y siguiendo mis instrucciones —sonrió de pronto el Mandarín—. Y es muy posible que tú también mueras ante mi presencia, Wai, pues en lugar de apresurarte a ponerte a mi disposición parece como si me estuvieras interrogando.

—¿Acaso no sería normal que un Emperador hiciera preguntas a un Mandarín? —sonrió a su vez Edgar Wai—. Por ejemplo, otra pregunta: ¿qué verdadero destino ha estado dando usted al Fondo Imperial?

El Mandarín de las Mil Chinas volvió a sonreír.

—De modo que ella ha estado aquí —dijo suavemente—, y te lo ha contado todo… a su manera, claro. ¿Y dónde está ahora esa mujer?

—Detrás de usted —sonó la voz de la espía americana.

El Mandarín se volvió lentamente, sin alzarse del sillón, y vio a la rubia todavía terminando de abrir la puerta de la oficina y con una pequeña radio en la mano izquierda.

No parecía llevar arma alguna. El Mandarín la miró de arriba a abajo, y volvió a mostrar su diamantífera sonrisa.

—Está usted muy elegante, señorita Montfort. Lo cual es lógico, considerando que se viste usted en la Quinta Avenida. ¿La peluca también la ha comprado en la Quinta Avenida?

—Póngase de pie y eche los brazos hacia la espalda.

—No llevo armas. Sabía que me iba a encontrar con usted aquí, así que no me molesté en traer ningún arma. Con usted hay que ser más sutil, ya me convencí de que a las malas es muy difícil de tratar. ¿Sabes, Wai? La señorita Montfort venció a Kui, pese a ser mujer y tener las manos atadas. Fue algo digno de verse.

Mientras hablaba, el Mandarín había obedecido las órdenes de Baby, de modo que ésta pudo registrarle sin confiarse ni un instante. Acto seguido lo empujó, sentándole de nuevo en el sillón.

Edgar Wai permanecía en el suyo con aquel aspecto de figurita de porcelana delicada y valiosa.

—Usted ha tardado tres días en llegar desde San Francisco a Nueva York —deslizó la espía—, y como estoy segura de que podía haber llegado antes quiero saber en qué ha invertido la parte sobrante de ese tiempo.

—Le he estado preparando a usted un viaje a Rusia.

—De modo que ha hecho un trato con los rusos.

—No he tenido más remedio, pues sabía que la presión de usted sería muy fuerte. Supongo que tiene todo el sector lleno de agentes de la CIA esperando sus instrucciones.

—No tantos como usted pueda creer. ¿Qué trato ha hecho con los rusos?

—Entregarles a la agente Baby a cambio de asilo y protección para el resto de mi vida.

—¿Significa eso que ya ha informado a los rusos respecto a mi verdadera personalidad?

—No. Si tal hubiera hecho quizá los rusos habrían optado por ir a por usted prescindiendo de mí, y eso no me interesaba.

—Quizá de todos modos prescindan de usted una vez hayan conseguido su objetivo de capturar a la agente Baby.

—Sí, ya he pensado en eso —frunció el ceño el Mandarín—, pero estoy dispuesto a correr ese riesgo de ser engañado. Quizá cumplan su parte y quizá no…, pero con usted era bien seguro que no podía esperar arreglos ni consideraciones de ninguna clase, ¿verdad?

—Observo que ya empezamos a conocernos —sonrió fríamente Brigitte—. Bien, ya entiendo que usted está seguro de poder obligarme a obedecerle, es decir, a ponerme en sus manos para que usted me entregue a los rusos. ¿Cómo espera conseguir eso?

—Si usted no viene conmigo a donde me están esperando los rusos para llevarnos a los dos a un sitio desde el cual iniciaremos nuestro viaje hacia Rusia, en Nueva York comenzarán a suceder cosas… muy desagradables.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, en determinada zona de la ciudad comenzarán a caer muertas en plena calle muchas personas, sin que nadie sepa cómo ni por qué. En menos de un minuto pueden morir hasta cinco

mil personas.

—¿En qué zona?

—Precisamente, en Manhattan —sonrió una vez más el Mandarín—… Y no me pregunte cómo lo he preparado, porque no pienso decírselo. En realidad, señorita Montfort, usted sólo puede hacer dos cosas, a saber: a) venir conmigo para que los rusos se hagan cargo de usted; b) matarme y afrontar las consecuencias.

Edgar Wai seguía como paralizado. Brigitte estuvo contemplando largamente al Mandarín de las Mil Chinas, que hacía una auténtica exhibición de su diamantífera sonrisa, mientras en sus ojos parecía ir encendiéndose una diabólica luz de triunfo.

De pronto, la espía alzó la pequeña radio, y la accionó.

—¿Tío Charlie?

—Sí.

—Voy a acompañar al Mandarín, y no deseo que nadie nos corte el paso ni nos siga, ni que intervenga en modo alguno pase lo que pase entre nosotros.

—Muy bien.

Ella cerró la radio, y se quedó mirando al Mandarín, que había entornado los arrugados párpados.

—Son muy dóciles, sus amigos —murmuró.

—Ellos saben que cuando yo doy una orden es para ser cumplida, simplemente, no para ser discutida.

—Ellos tienen que haber comprendido que si usted da esa orden en lugar de decir que vengan a por mí es porque algo no le ha salido bien a usted, porque está en apuros… ¿Y aceptan las cosas así, tan fácilmente?

—Tienen la absoluta certeza de que, como siempre, me las arreglaré para resolver cualquier situación.

—Señorita Montfort, si yo hubiera sabido lo… emocionante y estimulante que es enfrentarse a usted hace ya tiempo que la habría buscado para divertirme.

—Si usted supiera lo que realmente significa enfrentarse a mí —dijo cariñosamente la espía más peligrosa del mundo— jamás habría hecho asesinar a un espía, aunque fuese alemán. ¿Nos vamos?

—No tan deprisa —rió ahora francamente el Mandarín—… Usted está intentando distraerme para que no recuerde que tengo

que hacer un escarmiento en Nueva York, pero no va a conseguirlo. Deseo que todos los chinos de las Mil Chinas comprendan que yo sigo siendo el consejero, el Mandarín de todos los Emperadores, y que si alguno de éstos comete traición o cualquier acto que me desagrade lo pagará muy caro. Por tanto, del mismo modo que tuve que matar a Son Hei, deseo eliminar a Wai, y puesto que yo no dispongo de armas…, ¿será tan amable de matar a Wai por mí?

—No tiene ninguna necesidad de hacer eso —protestó Brigitte.

—Haga lo que le digo —insistió secamente el Mandarín.

La espía apretó los labios, e incluso pareció dispuesta a negarse; pero de pronto se alzó la falda, retiró de su muslo izquierdo la pistola adherida con una tira de esparadrapo, y apuntó a Edgar Wai, cuyas facciones se habían puesto rígidas.

Plof, plof, disparó Baby.

Edgar Wai se estremeció en el asiento, sus ojos se abrieron más, y quedaron fijos en la señorita Montfort, que dirigió una hosca mirada al Mandarín, el cual rió, se puso en pie, y se dirigió hacia la puerta. Desde allí se volvió a mirar a Edgar Wai, de cuyo pecho, por dos orificios sobre el corazón, brotaba lentamente la sangre empapando su elegante atuendo a la americana de hombre próspero.

—Usted —miró de pronto el Mandarín a Brigitte— ha destruido mi Imperio, pero puede estar cierta de que lo va a pagar muy caro.

Ella no dijo nada. Abrió la puerta, y el Mandarín salió del despacho privado a las oficinas donde trabajaban normalmente los empleados de Edgar Wai. Ahora no había ni un solo empleado, pero sí tres agentes de la CIA que clavaron su dura mirada en el Mandarín de las Mil Chinas. Éste emitió una risita, y se dirigió hacia la puerta de la calle. Al pasar junto a una mesa Brigitte recogió su maletín rojo con florecillas azules, y fue en pos del viejo chino.

Nada más salir a la calle el Mandarín, apareció la camioneta en cuyos costados se veía el distintivo de la Cruz Roja, y el Mandarín, riendo, la señaló cuando se detuvo ante ambos. En la calle se veía una inusitada cantidad de hombres de raza blanca, que contemplaban de lejos la escena, con sombrías expresiones en sus rostros de trazos enérgicos. Todo cuanto abarcaba la vista desde allí parecía formar parte de un insólito y muy artificioso decorado.

El Mandarín llamó a la puerta de atrás de la camioneta, y las dos

puertas se abrieron. La espía divisó enseguida toda la instalación de mandos a distancia, la emisora, tres chinos atendiéndolo todo, y, al fondo, es decir, muy cerca de la cabina de conducción de la camioneta, dos hombres de raza blanca sentados en un banco clavado al suelo. El Mandarín tocó la espalda de Brigitte, y ésta subió a la camioneta. Uno de los chinos ayudó al Mandarín, las puertas fueron cerradas, y la camioneta emprendió la marcha. El Mandarín dio unas instrucciones a los chinos que atendían los instrumentos de comunicación y mando, y se sentó en otro banco, haciendo señas a Brigitte para que lo hiciera junto a él. Miró a los rusos, que permanecían en silencio, como fascinados contemplando a la espía americana.

—Como ven —dijo el Mandarín—, cumplo mi parte del trato. Ella es Baby. Por cierto: ¿será tan amable de entregarme su pistola?

Brigitte se la entregó sonriendo y diciendo:

—No le servirá de nada: está preparada para disparar solamente cápsulas de sangre.

El Mandarín quedó un instante como aturdido. Luego, exclamó:

—¿Quiere decir que Edgar Wai no ha muerto?

—Por supuesto que no. Ni van a morir cinco mil personas en Manhattan. Y si mueren, la cuenta habrá que aumentarla hasta cinco mil siete. Quiero decir con esto que si ustedes utilizan esos aparates para provocar esas muertes en Manhattan esta camioneta saltará convertida en polvo.

Las palabras de la espía americana habían despertado la lógica expectación y curiosidad. El Mandarín miró el maletín que ella tenía sobre sus rodillas, y jadeó:

—¿Qué hay dentro de ese maletín?

—Usted ya lo ha adivinado: una carga capaz de pulverizar esta camioneta con todo su contenido.

—Usted incluida —recordó el viejo chino.

—Hace muchos años que me estoy jugando la vida, casi siempre para favorecer a mi prójimo. Por tanto, no sería consecuente que no lo hiciera una vez más.

—Usted no tendrá valor para hacer eso —aseguró el Mandarín.
Ella sonrió, y miró a los dos espías rusos, que estaban lívidos.

—¿Ustedes también creen que no lo haré, colegas? —preguntó en ruso.

—Déjeme ver ese maletín —pidió uno de los rusos.

—Este maletín permanecerá donde está hasta que se cumplan todas mis órdenes —dijo secamente la espía americana—. O eso, o todos saltaremos convertidos en carne picada. ¿Quién se lo había de decir a ustedes, que acabarían sus días convertidos en una hamburguesa en Nueva York?

—Todo eso son baladronadas que… —empezó el Mandarín.

—Maldito sea, cállese —dijo uno de los rusos—… Ya debimos comprender que la jugada de ella sería mejor que la de usted. Habíamos dudado de que realmente hubiera hecho contacto con Baby, pero ya no tenemos dudas. Está bien —miraron de nuevo a Brigitte—, ¿qué órdenes tiene pensadas?

—Les diré cómo están las cosas: si antes de un minuto esta camioneta no se ha detenido y todos ustedes se apean con los brazos en alto, todos los que estamos aquí dentro moriremos despedazados. Y lo mismo sucederá si alguno de sus amigos chinos intenta accionar uno solo de esos mandos, cuyo cometido deseo que me sea explicado ahora mismo.

—Eso tendrá que hacerlo él —señalaron al Mandarín—. Nosotros no lo sabemos…, excepto el de la radio, claro está.

—¿Y bien? —inquirió Brigitte mirando al viejo chino.

—Durante veinticuatro horas hemos estado colocando cargas de gas en distintos puntos camuflados de Manhattan. Si accionamos las cargas por medio de estos dos mandos, explotarán y esparcirán el gas mortal. ¿He dicho cinco mil personas…? Quizá sean diez mil. ¿Qué les pasa a ustedes? —Se encolerizó de pronto el Mandarín con los dos rusos—. ¿Tienen miedo? Lo único que han de hacer es dispararle a ella a la cabeza, y todo lo demás nos saldrá bien…

—¿Qué quiere decir nos saldrá bien? —Gruñó uno de los rusos —. ¡Nosotros no hemos convenido en ningún momento con usted que fuesen asesinadas diez mil personas!

—Les voy a ofrecer un trato inmejorable —dijo sosegadamente Baby—: nos están siguiendo mis compañeros, así que todo lo que tienen que hacer es lo que he dicho: bajar de la camioneta y entregarse. Tienen mi palabra de que inmediatamente serán llevados a donde quieran para salir de Estados Unidos sin ningún problema.

—Esto es absurdo —jadeó el Mandarín—… ¡Somos nosotros

quienes podemos imponer condiciones, no ella! ¡No será capaz de inmolarse!

—Solamente les quedan catorce segundos —murmuró Brigitte—: si en ese tiempo, ustedes intentan accionar esos mandos, yo accionaré el de mi maletín, Si transcurrido ese tiempo no se detienen, también lo haré.

El Mandarín de todas las Chinas tenía la negra mirada que parecía de fuego fija en Brigitte. De repente, se abalanzó contra ella, tendiendo sus manos hacía el maletín, en un claro deseo de arrebatárselo…

El hombre más rico del mundo, el depositario del fabuloso Fondo Imperial, murió sin darse cuenta de nada. Lo último que supo fue que la espía americana, sin alterarse, movió de un modo extraño sólo su antebrazo derecho, y que él recibió justo en el entrecejo el impacto del pequeño puño, que le pareció de mármol… Pero en realidad todo fue una sensación instantánea, brevísima, porque aquel golpe lo mató en el acto, dejando en su mente todavía como un latido, como un fulgor, como una última fotografía de la vida que se desvaneció rápidamente.

Sentado ante la radio, Fang lanzó una exclamación de rabia y acto seguido dio una orden a los dos chinos que controlaban los mandos de las explosiones de las cargas de gas en Manhattan. Los dos chinos movieron las manos hacia los mandos, fanatizados, sin la menor duda dispuestos a obedecer, dispuestos a que todos muriesen, empezando por ellos.

Los dos rusos dispararon a la vez, uno contra cada chino, reventando certeramente sus cabezas. Uno de ellos cayó exánime sobre los mandos, mientras el otro era arrancado de su asiento por el tremendo impacto de la bala que le alcanzó en la sien izquierda y le voló media cabeza. En el aire todavía quedaban salpicaduras de sangre cuando los dos rusos cambiaron su línea de tiro, apuntando uno a Fang y el otro a Brigitte.

—Será mejor que se ocupen del conductor —dijo Brigitte.

Uno de ellos comenzó a volverse hacia la cabina de conducción, separada por la pequeña ventanilla cerrada. Fang lanzó una exclamación de rabia, movió la mano derecha, y en ella apareció un agudo estilete, con el que lanzó un escalofriante golpe hacia el vientre de la espía americana, que respingó y alzó el maletín. El

golpe era tan fuerte que al detenerse la hoja de acero, la mano de Fang resbaló por el mango, llegando a la hoja y cortándose… Su grito de dolor y rabia quedó cortado por el disparo del ruso sentado de espaldas a la marcha, que le alcanzó en un ojo, lo reventó, atravesó su cerebro destrozándolo, y salió por la coronilla salpicando a todos lados sangre, hueso y masa encefálica.

El otro ruso había abierto la ventanilla que comunicaba con la cabina, y sacó por ella el brazo y la pistola y ordenó al chino que conducía la camioneta:

—Para o te vuelo la cabeza.

El chino le miró, sonrió odiosamente, y apretó el acelerador… El espía ruso no se lo pensó ni un instante: apretó el gatillo, metiendo la bala en la nuca del chino, que cayó sobre el volante. El ruso lo envió hacia la derecha. La camioneta perdió velocidad enseguida, fue a derecha e izquierda, y terminó por subir a una acera y detenerse en su choque contra la pared.

La que mejor conservó el equilibrio fue Brigitte, que permanecía sentada cuando, casi enseguida, tras oírse chirrido de frenos y gritos, las puertas de la camioneta fueron rudamente abiertas, y cuatro agentes de la CIA se asomaron, empuñando sendas pistolas que apuntaron a los rusos.

—¡Quietos!

Brigitte miró a los rusos, que a su vez la miraron a ella. Luego, dejaron caer sus armas.

La espía americana asintió, y dijo:

—Llévenlos adonde ellos quieran para que puedan salir de Estados Unidos a su comodidad. Quiero vía libre para ellos hasta Moscú.

—Ya habéis oído —masculló Simón-New York—… ¡Venga, salid de ahí!

Los dos rusos se dispusieron a apearse de la camioneta, pero uno de ellos se quedó mirando a la muchacha rubia de ojos verdes, sonrió ceñudamente, y dijo:

—Realmente es usted Baby, de acuerdo. Pero… ¿ese maletín contiene un explosivo o ha sido todo una jugada desesperada?

La espía americana accionó uno de los cierres del maletín a la inversa de su funcionamiento normal. Luego, alzó la tapa del maletín, mostrando su contenido. Los dos rusos palidecieron al ver

la carga explosiva y todo el dispositivo para que explosionase al ser abierto el maletín de modo incorrecto.

—Yo siempre utilizo las armas adecuadas a cada adversario, colegas —dijo amablemente Baby—. Sabía que el Mandarín jugaría fuerte y criminal, que si realmente se presentaba en Nueva York sería convencido de que tenía todos los triunfos…, de modo que yo preparé los míos.

—Pero… usted también habría muerto.

—Sí.

Los dos rusos parpadearon. Luego, saltaron de la camioneta, a la que en primer lugar, ayudado por uno de los Simones, subió el jefe del Sector New York de la CIA, Charles Alan Pitzer, que estaba pálido como un muerto.

—¿Qué tal, tío Charlie? —saludó Brigitte.

—Mal… ¡Maldición, muy mal!

—La verdad es que yo tampoco me encuentro precisamente en el mejor momento de mi vida. Ya sé que todos hemos de morir, pero… ¿para qué darse prisa? ¡Con lo hermosa que es la vida!

Este es el final

—¿Sabe? —Dijo el libanés Hahxi—. Nuestro triunfo sería completo si además de toda esa información lleváramos a Tirana una confidencia: el nombre verdadero de la agente Baby.

—Oigan, ustedes son insaciables —se mosqueó Brigitte—… Les dejo que se vuelvan a su país con todo el cuento del Mandarín de las Mil Chinas, les he tenido como invitados con champán francés incluido, les devuelvo sus armas, sus documentaciones, toda su dignidad de espía…, ¡y ahora me salen con que además quieren saber quién soy para venir luego a buscarme complicaciones!

—Nada de eso —protestó Topki—: lo decimos para desearle felicidad cada día de Año Nuevo.

—Qué emocionante —rió la falsa rubia—… Eso pueden hacerlo muy fácilmente enviando sus tarjetas postales a la CIA, a Langley. Y ahora en serio: si vuelven por aquí, serán detenidos. ¿Está claro? Miren, a mí me encanta ser simpática y una buena colega, pero todo tiene un límite. ¿De acuerdo?

Los albaneses asintieron con la cabeza, hicieron un gesto que implicaba recordar a la agente americana toda su vida, y se dirigieron a los dos coches que esperaban. Y apenas se habían perdido de vista los dos vehículos, apareció Frank Minello, acercándose al chalé.

—¡Bueno! —exclamó—. ¡Ya podemos volver a Nueva York!

—No —dijo Brigitte, quitándose la peluca rubia—… Tengo que ir a San Francisco, Frankie.

—¿A San Francisco? ¿Qué se te ha perdido por allí?

—Un diván. Un precioso diván que me encantó, y del cual me he nombrado heredera.

—O sea, que estás hablando en serio —se pasmó Minello—, te vas a San Francisco, ¡me abandonas por un diván!

—No es exactamente eso —rió la divina, retirando de sus ojos

las lentillas de contacto de color verde—… Además, si quieres puedes acompañarme.

—¿De veras? —Se alborozó Frankie—. ¡Estupendo! Oye, por cierto, ya que vamos a San Francisco, podríamos llegarnos a uno de esos famosos restaurantes chinos de Chinatown que…

—¡Nada de eso! —Exclamó Brigitte—. ¡Voy a por un diván, pero después de eso no querré saber nada con los chinos durante mucho tiempo!

—Pues no lo comprendo —dijo Minello—, porque después de lo que has hecho ayudando al Lien Lo Pou a detener a esos locos criminales vendidos y traidores, seguro, seguro, segurísimo que te nombran Emperadora de la China. Y Emperadora es bastante más que Mandarín, ¿verdad?

FIN

Notas

[1] La B. N. D. es la sigla con que se conoce la BUNDESNACHRICHTENDIEST, es decir, la Agencia Federal de Información de Alemania Oriental. La H-I es su sección más operacional y activa, como el Grupo de Acción en la CIA. < <

[2] Véase la aventura titulada UNA VÍBORA EN TU SENO. < <